

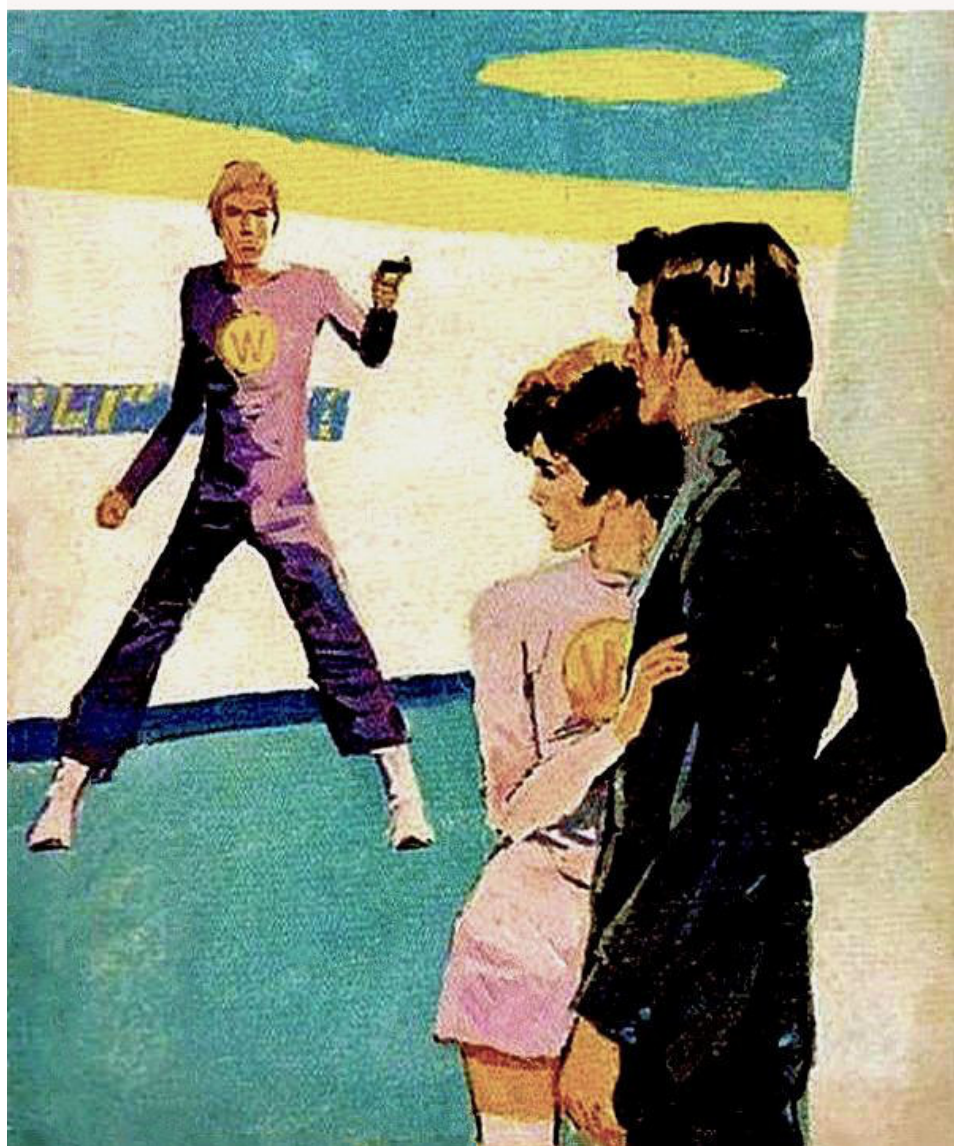
BOLSILIBROS BRUGUERA

S
S

SERVICIO SECRETO

imperio de codicia

joseph berna



Emma Faye, rubia, poseedora de un físico bastante más que aceptable, salió del despacho de su jefe arreglándose el cabello.

—Diablos con el señor Waddell. Es una lapa, chica.

Julie Hayward, morena, de formas menos exageradas que su compañera de oficina, pero muy atractiva también, dejó de teclear su máquina de escribir y alzó la mirada.

—¿Decías, Emma?

—Que el jefe es un pegamento que anda, hija.



Joseph Berna

Imperio de codicia

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1317

ePub r1.1

Lds 02.08.18

Título original: *Imperio de codicia*

Joseph Berna, 1975

Cubierta: Desilo

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Emma Faye, rubia, poseedora de un físico bastante más que aceptable, salió del despacho de su jefe arreglándose el cabello.

—Diablos con el señor Waddell. Es una lapa, chica.

Julie Hayward, morena, de formas menos exageradas que su compañera de oficina, pero muy atractiva también, dejó de teclear su máquina de escribir y alzó la mirada.

—¿Decías, Emma?

—Que el jefe es un pegamento que anda, hija.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes a lo que me refiero, Julie.

La morena cabeceó en sentido negativo.

—Lo siento, Emma, pero no sé de qué me hablas.

La rubia, sentada ya tras su mesa, situada frente a la de Julie Hayward, miró con extrañeza a su compañera de trabajo.

—¿Pretendes tomarme el pelo, Julie...?

—Por supuesto que no.

—¿Quieres hacerme creer que cuando Nick Waddell te llama, se limita a contemplarte...?

—No, claro que no.

—Ya me extrañaba a mí —sonrió con astucia la rubia.

—Si me llamase sólo para eso, no tendría sentido.

—¿Ah, no...?

—Sería perder el tiempo, ¿no crees? Emma Faye agrandó los ojos.

—Chica, me dejas de hielo.

—¿Por qué? —se extrañó Julie.

—Mira, rica, yo le consiento los pellizcos, los manoseos y los besuques porque me conviene conservar el empleo. El jefe paga

estupendamente, así que, vaya lo uno por lo otro. Pero de eso, a confesar tan tranquilamente que si el señor Waddell no se comportase así carecería de sentido y sería perder el tiempo, hay mucha diferencia, mona.

Julie Hayward se había ruborizado visiblemente.

—Emma... —murmuró, casi sin voz—. ¿De veras pensaste que me refería a eso cuando dije...?

—Pues claro, hija. ¿A qué, si no?

—Estás completamente equivocada, Emma.

—¿Sí...? —repuso con ironía la rubia.

—Él señor Waddell, cuando me hace pasar a su despacho, es para dictarme alguna carta o darme instrucciones sobre el trabajo de la oficina. Por eso dije que si me llamase sólo para contemplarme, no tendría sentido. Jamás me puso la mano encima, Emma. Ni siquiera se me insinuó, créeme.

—Te avergüenza confesar que el jefe se tomó ciertas libertades contigo, ¿eh? —sonrió burlonamente Emma Faye.

Julie Hayward apretó los labios, furiosa.

—He dicho la verdad, Emma.

—¿Seguro...?

—¡Te lo juro por la memoria de mi madre! La rubia alzó las manos.

—Está bien, chica, no te pongas así... Teniendo en cuenta que sólo llevas una semana escasa trabajando en esta oficina, es posible que el jefe todavía no se haya decidido a tantearte el físico. Pero no te preocupes, no tardará en entrar en acción.

—El señor Waddell parece un caballero...

—Pero es un sinvergüenza. Si lo sabré yo, que llevo casi un año aquí.

—Pues voy a decirte una cosa, Emma: si el señor Waddell intenta propasarse conmigo, sabré pararle los pies.

—Más vale que sepas pararle las manos, son mucho más peligrosas... —aconsejó maliciosamente la rubia.

—No estoy dispuesta a permitirle ninguna libertad, por muy jefe mío que sea.

—Entonces, te sugiero que compres un ejemplar de *La Gaceta de San Francisco* y leas con atención las ofertas de trabajo.

Julie dio un respingo.

—¿Insinúas que me despedirá si no le consiento...?

—Estoy segura de ello, Julie —cabeceó Emma—. Jacqueline, la chica que ocupó tu puesto durante un par de meses, se vio en la calle por eso precisamente. Y el caso es que ella se lo consentía todo menos los pellizcos... Tenía novio, ¿sabes? Y como los pellizcos dejan huella...

Julie Hayward iba a decir algo, pero no lo hizo, porque la voz de Nick Waddell surgió en aquel preciso momento por el aparato electrónico que la joven tenía sobre su mesa:

—¿Julie...?

—¡El jefe! —Respingó ella de nuevo, con mayor fuerza.

—Sí, eso parece —sonrió con ironía su compañera.

—¿Me oye, Julie...? —insistió Nick Waddell.

La joven, muy nerviosa, pulsó un botoncito del intercomunicador.

—¿Diga, señor Waddell?

—Julie, venga a mi despacho, por favor —rogó con exquisita amabilidad Nick Waddell.

—¿Con el bloc de notas?

—No, no es necesario.

—Voy enseguida, señor Waddell.

—Gracias, Julie.

La joven, con el rostro arrebolado, dejó de apretar el botoncito y miró asustada a Emma Faye.

—¿Por qué no vas tú, Emma...?

—Toma, pues porque no me ha llamado a mí, sino a ti.

—Podrías decirle que me he torcido el tobillo cuando caminaba hacia su despacho...

¿No quieres hacerme ese favor, Emma...?

—¡Oh, sí!, no tengo ningún inconveniente. Pero te diré lo que va a pasar. El jefe, muy solícito él, saldrá inmediatamente, te tomará en brazos, te llevará a su despacho, te tumbará en el sofá y se ofrecerá para masajearte el tobillo lastimado. Y con lo cuco que es, antes de cinco minutos te estará masajeando la pierna entera, te apuesto un helado de fresa.

Julie se llevó una mano a los labios.

—¡Oh, sería peor el remedio que la enfermedad!

—Sin lugar a dudas —sonrió Emma.

—¡Será mejor que me enfrente con el toro!

—Suerte con el capote, chica.

—¡Oh, déjate de ironías, Emma! —suplicó Julie.

—Vamos, entra ya, que el jefe se estará impacientando por tu tardanza.

Julie Hayward se puso en pie y caminó con paso vacilante hacia el despacho de Nick Waddell. Volvió la cabeza y miró una vez más a Emma Faye.

La rubia le guiñó el ojo.

—Animo, Julie.

Julie Hayward tragó una gran bocanada de aire, con el fin de serenarse un poco, y penetró en el despacho del jefe.

Nick Waddell, un cuarentón de facciones correctas y sienes plateadas, elegantemente vestido, con bigotito a lo Errol Flynn, se puso en pie al verla entrar.

—Adelante, Julie —dijo, sonriendo afablemente.

La muchacha se aproximó a la mesa de Nick Waddell, de dimensiones similares a las mesas de billar, y forzó una sonrisa.

—¿Desea alguna cosa, señor Waddell?

—Darle una grata noticia, Julie: he decidido aumentarle el sueldo en un cincuenta por ciento.

—¿A mí...? —Respingó cómicamente la joven—. Pero si sólo llevo cinco días trabajando aquí...

—Suficientes para demostrarme que es usted merecedora de una mayor remuneración económica. Reúne todas las condiciones necesarias para ser una excelente secretaria. Conocimientos, responsabilidad, eficacia... Y un físico muy estimable, que también tiene su importancia. Hay oficinas que, por tener empleadas poco agraciadas, parecen zoológicos.

Julie Hayward, aturdida por aquella inesperada lluvia de elogios hacia su modesta persona, no supo qué decir.

Nick Waddell, estirándose la punta derecha de su bien cuidado bigote, dio la vuelta a la *mesa de billar* y se detuvo muy cerca de la turbadora joven. Tomándola por los hombros, con mucha familiaridad, preguntó:

—¿Contenta, Julie...?

—Muchísimo —susurró ella, abrumada todavía. Nick Waddell elevó una ceja con petulancia.

—¿No va a darme las gracias...?

—¡Oh, sí!, disculpe que no lo haya hecho ya, señor Waddell, pero es que la sorpresa me dejó sin habla. Gracias, muchísimas gracias. Por el aumento de sueldo y por sus inmerecidos elogios.

Waddell chascó la lengua repetidas veces.

—Nada de inmerecidos, Julie. Usted es una secretaria sensacional, se lo digo yo que he tratado a muchas.

Ella sonrió amablemente.

—Gracias otra vez, señor Waddell.

—¿No cree que esto merece celebrarse...?

—¡Oh, lo siento, señor Waddell, pero yo soy abstemia! —mintió Julie.

—No pensaba ofrecerle una copa, Julie, sino invitarla a cenar esta noche. ¿Acepta?

—Señor Waddell... —murmuró la joven, tragando saliva con dificultad—. Tengo entendido que usted está casado...

—Cierto. Pero como mi esposa es más fea que un camello, no la saco de casa más que cuando me voy de safari a Africa. En cambio, con usted, puedo presentarme donde sea y provocar la envidia de todos —añadió, galantemente, Waddell, soltándole los hombros y atrapándola por la cintura con un movimiento de tenaza.

—¿Qué hace, señor Waddell...? —empezó a forcejear ella.

—Abrazarla, Julie.

—¿Qué pensaría el camello si nos viera...?

—¿Cómo? —Pestañeó Nick Waddell.

—Su esposa, quise decir.

—Olvídese de ella, Julie.

—Suélteme, señor Waddell.

—Ni hablar. Está usted demasiado apetecible.

Nick Waddell intentó besarla en los labios, pero Julie desvió la cabeza a tiempo y recibió el beso en la oreja derecha.

—¡Le suplico que me suelte, señor Waddell!

—Cuando nos hayamos dado una docena de besitos, Julie.

—¡Hala, por pedir que no quede!

—Estése quieta, diablos, que siempre que le busco los labios me encuentro con una de sus orejas.

—¡Usted no tiene por qué buscarme nada!

—¿Ah, no...? ¿Por qué cree que le he subido el sueldo tan

generosamente?

—Para tener derecho a aprovecharse de mí, ¿eh?

—Naturalmente, Julie.

—¡Pues se aprovechará de su abuela! —gritó la joven, propinándole un pisotón con sus zapatos de plataforma, tan feroz, que hubiese dejado cojo a un elefante.

Nick Waddell la soltó al segundo y empezó a dar saltos con la pierna izquierda encogida, lanzando gritos y quejidos de todas clases y tonos.

Julie Hayward no esperó más. Echó a correr hacia la puerta y salió del despacho como una flecha.

Atrapó su bolso sobre la marcha y gritó:

—¡Atiende al jefe, Emma! ¡Le acabo de dejar un pie hecho papilla!

—¡Julie! —exclamó la rubia, llena de estupor.

—¡Hasta nunca, Emma!

Julie Hayward bajó las escaleras como una auténtica exhalación.

Cuando alcanzó la calle, substituyó su alocada carrera por un paso rápido. Se detuvo doscientos metros más allá, ante un puesto de periódicos, y pidió un ejemplar de *La Gaceta de San Francisco*, uno de los periódicos de mayor tirada.

Ojeó la calle en busca de una cafetería. La encontró pronto y caminó hacia ella.

Poco después, ante una humeante taza de café, revisaba atentamente las ofertas de trabajo. Encontró una que parecía estar al alcance de sus posibilidades y decidió personarse cuanto antes en la dirección que en el anuncio se indicaba.

Un taxi la llevó hasta allí.

Era una magnífica casa, situada en las afueras de la ciudad. Julie pulsó el timbre y esperó.

Un mayordomo de mediana edad, impecablemente uniformado, abrió la puerta.

—¿Señorita...? —dijo, sonriendo con amabilidad.

—Buenos días. Vengo por lo del anuncio en el periódico.

—¿Le interesa la plaza de secretaria particular?

—Desde luego —sonrió Julie—. Creo reunir las condiciones que se exigen para optar a ella. Pero eso, claro, tendrá que decidirlo la persona que insertó el anuncio.

—Lógicamente, señorita. Pase usted, por favor.

—Gracias.

Julie Hayward entró en la casa.

El mayordomo cerró la puerta e indicó:

—Tenga la bondad de acompañarme, señorita.

Julie siguió al mayordomo hasta una estancia situada a la derecha del amplio vestíbulo. Cuando entró en ella, se llenó de desilusión: otras nueve aspirantes al puesto de secretaria particular se le habían anticipado. Estuvo tentada de dar media vuelta y largarse a toda prisa de allí, pero la bondadosa sonrisa del mayordomo la detuvo.

—Le deseo suerte, señorita.

—Gracias, es usted muy amable.

El mayordomo se retiró, dejándola con las demás chicas.

Julie las estudió de pasada, casi con indiferencia. También ella fue objeto de fugaces miradas por parte de las otras aspirantes. Ocupó una silla, cruzó las piernas y encendió un cigarrillo. Cinco minutos después, se abrió la puerta del fondo y aparecía un hombre de aspecto distinguido. Bordeaba los cincuenta años.

—La siguiente, por favor —rogó, con amabilidad.

Una de las aspirantes se levantó y se introdujo en la estancia contigua. Quince minutos después, el hombre de aspecto distinguido se asomaba de nuevo e invitaba a entrar a otra de las chicas.

Julie se sorprendió al no ver salir a la chica de antes, pero supuso que debía existir otra salida además de aquélla, y no pensó más en ello.

Consumió cuatro cigarrillos más antes de que llegase su turno. Otras tres chicas habían llegado después que ella.

Julie pasó a la estancia contigua y el cincuentón distinguido cerró suavemente la puerta, diciendo:

—Por favor, señorita, siéntese allí.

Ella ocupó la silla que le indicaba el hombre, la cual se hallaba ante una lujosa mesa de despacho. Su interlocutor se acomodó en el sillón que había tras la misma y sonrió cortésmente.

—¿Su nombre, señorita?

—Julie Hayward.

—Encantado de conocerla, señorita Hayward. Yo soy Lex

Rialson, el dueño de la casa.

Y por supuesto, la persona que precisa una secretaria particular.

—Mucho gusto, señor Rialson.

—Como habrá observado, son bastantes las señoritas interesadas en conseguir el empleo. Aparentemente, todas reúnen las condiciones exigidas en el anuncio. Y la elección, francamente, me va a resultar difícil.

—Lo comprendo perfectamente, señor Rialson.

—¿Cuántos años tiene usted, señorita Hayward?

—Veintidós.

—¿Experiencia en esta clase de trabajo?

—Sí, bastante.

—¿Desde cuándo está sin empleo? Julie enrojeció ligeramente.

—Desde hace poco más de dos horas.

—¿Qué pasó? ¿Lo dejó usted voluntariamente o la despidieron? Le ruego que sea franca conmigo, señorita Hayward.

—Ocurrieron ambas cosas a la vez, señor Rialson. Mi jefe era un sinvergüenza, aunque yo no lo supe hasta hoy.

—¿Quiso propasarse con usted?

—Sí, lo intentó. Me vi obligada a defenderme, primero, y a huir después. De no haber dejado el empleo por mi propia voluntad, el jefe me hubiera despedido igualmente.

—Lo siento, señorita Hayward. Y quiero que sepa que si decido concederle a usted el empleo, no tendrá esa clase de problemas conmigo. Yo soy un caballero, 6e lo aseguro.

—Me consta, señor Rialson —sonrió ella.

—Deme su número de teléfono. Si el empleo es para usted, y le anticipo que tiene muchas probabilidades de serlo, la llamaré esta misma tarde, alrededor de las seis.

Julie se lo dio y él lo anotó en un bloc.

—Gracias por todo, señorita Hayward —dijo Lex Rialson, levantándose.

—A usted, señor Rialson —repuso Julie, estrechando la mano que él le tendía.

—Venga, salga por esta otra puerta. La doncella la acompañará hasta la salida. La joven obedeció.

Efectivamente, una doncella, joven y atractiva, aguardaba al otro lado de la puerta.

—Anette, acompañe a la señorita —indicó el propietario de la casa.

—Sí, señor Rialson. Sígame, señorita —rogó, en tono amable. Julie fue detrás de la doncella.

Cruzaron un largo corredor.

Al final del mismo, había un pequeño salón. Dos hombres se hallaban en él.

Eran altos, musculosos, de rostro inexpresivo.

La doncella pasó por entre ellos, sin mirarlos siquiera. Julie quiso hacer lo mismo.

De pronto, los dos individuos se lanzaron sobre ella.

Uno le cubrió la boca y le sujetó los brazos con fuerza, mientras el otro le aprisionaba las piernas.

La atractiva doncella se volvió, sonriendo siniestramente.

Se inclinó sobre una mesa ratona, apartó el periódico que descansaba en ella y una jeringuilla, con su correspondiente aguja hipodérmica, quedó visible.

Contenía un líquido verdoso.

La doncella la cogió y se acercó a la joven que inmovilizaban los dos forzudos. Julie la miró, horrorizada.

Luchó hasta la desesperación por librarse de aquellos gorilas que la sujetaban, pero no lo consiguió.

La doncella ya estaba junto a ella.

Le desgarró la fina tela de la blusa, dejándole el brazo derecho al descubierto desde el hombro hasta el codo.

Segundos después, la aguja se introducía en su carne y el líquido que contenía la jeringuilla fue pasando lentamente a su organismo.

El efecto de la droga fue instantáneo.

Julie Hayward se durmió antes de que la aguja hipodérmica saliera de su brazo...

CAPÍTULO II

Cuando Julie Hayward abrió los ojos, tuvo que parpadear repetidas veces para convencerse de que, efectivamente, se hallaba en el camarote de una embarcación, tumbada sobre la parte superior de una litera.

Al verse la blusa desgarrada, recordó súbitamente a los dos hombres que la inmovilizaron, a la doncella de sonrisa siniestra, la aguja hipodérmica, el líquido verdoso...

Un estremecimiento le recorrió el cuerpo y sintió deseos de gritar, pero se contuvo. Se irguió de cintura para arriba. Entonces descubrió que no estaba sola en el camarote. Sentadas en la parte inferior de la otra litera que había en él, se encontraban otras tres muchachas. Dos de ellas, con expresión de profunda amargura y los ojos enrojecidos, como si hubiesen llorado recientemente. La tercera, tenía una expresión bien distinta. Su rostro se hallaba crispado por la ira, y sus ojos, entrecerrados, despedían un brillo metálico.

Julie reconoció a las chicas; habían entrado antes que ella a entrevistarse con Lex Rialson, el propietario de la magnífica casa de las afueras de San Francisco.

Al oír crujir la colchoneta sobre la que descansaba Julie, las tres a un tiempo elevaron la mirada y contemplaron a la joven.

Durante bastantes segundos, ninguna de las cuatro despegó los labios. Finalmente, la que no tenía los ojos enrojecidos, preguntó:

—¿Te encuentras bien, chica?

Julie, en lugar de responder, saltó ágilmente de la litera, se abalanzó sobre la puerta del camarote y trató de abrirla.

—Es inútil, nos tienen encerradas con llave —oyó decir a la chica de antes, una pelirroja de físico muy interesante.

Julie se volvió y las miró a las tres con ojos interrogantes.

—¿Qué ha pasado?... ¿Por qué estamos aquí?... Las pupilas de la pelirroja emitieron un destello.

—El anuncio insertado en el periódico no era más que un señuelo para que unas cuantas chicas, jóvenes y de físico agradable, acudiésemos a aquella maldita casa de las afueras de la ciudad. Tras inyectarnos la droga que nos dejó inconscientes, debieron traernos a este barco.

—¿Con qué fin?

La pelirroja encogió los hombros.

—A eso sí que no puedo responderte. Pero hazte a la idea de que no será para nada bueno.

Julie, con voz temerosa, preguntó:

—¿Trata de blancas, tal vez...?

—Sí, pudiera ser.

—¡Dios mío! —exclamó apagadamente Julie, palideciendo.

La joven que se hallaba a la derecha de la pelirroja, una morenita bella y esbelta, se cubrió la cara con las manos y rompió en llanto. A la otra, rubia, de pelo muy corto, también se le llenaron los ojos de lágrimas, aunque se veía que ella se esforzaba por contenerlas.

—¡Eh, chicas!, no empecemos otra vez con los lloriqueos —dijo la pelirroja—. Está claro que las lágrimas no nos librarán de esto. Lo que debemos hacer es pensar en la forma de escapar.

—¿Escapar, estando en alta mar? —replicó la rubia—. ¿O es que no te has dado cuenta de cómo se balancea el barco?

—Sí, claro que me he dado cuenta, pero no siempre estaremos en alta mar, ya llegará el momento de desembarcar. Entonces debemos intentar la huida, por muy peligroso que resulte.

—Lo más probable es que no nos den oportunidad para ello —observó, cabizbaja, la rubia.

—Sí, es posible que tengas razón —convino la pelirroja, apretando los dientes—. Pero yo intentaré escapar, con oportunidad o sin ella. No me importa morir en el intento. Prefiero mil veces la muerte que verme encerrada, maltratada y explotada en un inmundo prostíbulo.

Julie se acercó a la litera cuya parte superior utilizara mientras permaneció inconsciente y se dejó caer en ella, quedando sentada

frente a sus compañeras de infortunio. Tras mirar fijamente a la pelirroja, dijo con admiración:

—Eres una chica valiente, no hay duda.

—No soy de las que se amilanan fácilmente, desde luego.

—Quiero que sepas que yo pienso como tú. Antes que ver ultrajado mi cuerpo, prefiero morir. Intentaremos la huida juntas.

Los ojos de la pelirroja cobraron un brillo distinto.

—Así se habla, chica. ¿Cómo te llamas?

—Julie Hayward. ¿Y tú?

—Helen Godwin.

Julie sonrió ligeramente.

—Me alegro de conocerte, Helen. Aunque lamento que sea en las circunstancias actuales.

—Lo mismo digo, Julie —sonrió también la pelirroja—. Oh, voy a presentarte a nuestras amigas. La que llora casi continuamente es Miriam Tunney. Y la que lo hace sólo a ratitos se llama Shelby Desmond.

—¡Hola, Shelby!

—¡Hola, Julie! —respondió la rubia, sonriendo débilmente.

Julie le cogió las manos a Miriam Tunney, sin duda la más joven de las cuatro, y se las apartó suavemente del rostro mojado por el llanto.

—Deja de llorar, Miriam... Helen tiene razón al decir que las lágrimas no nos librarán de esto. Debemos ser fuertes y tener fe en Dios. Si Él nos ayuda, saldremos del apuro.

La morenita miró a Julie, soltando hipidos.

—¿Tú tienes esperanzas de salir con bien de esto, Julie?

—Sí, las tengo. Y quiero que tú también las tengas. Y Shelby.

—¿Sabes una cosa, Julie? —Pareció animarse Miriam—. Tu optimismo resulta contagioso...

—Me alegro, Miriam. Anda, sécate esas lágrimas, que no te favorecen nada.

—No sé con qué. El pañuelo lo llevaba en el bolsillo, pero cualquiera sabe dónde estará ahora mi bolso.

—A grandes problemas, grandes soluciones —medió filosóficamente Helen Godwin, dándole un tirón al roto que tenía Miriam en la manga de su vestido.

—¡Helen! —exclamó la morenita, llenándose de perplejidad.

La pelirroja, sonriendo astutamente, le ofreció el trozo de tejido que acababa de arrancarle y dijo:

—Tu pañuelo provisional, Miriam.

La jocosa ocurrencia de Helen Godwin hizo reír a sus compañeras.

De improviso, la puerta del camarote se abrió, dando paso al distinguido Lex Rialson. Le acompañaba uno de los corpulentos individuos que sujetaran a las chicas para que la doncella pudiera inyectarles la droga.

La expresión de Lex Rialson seguía siendo amable y cortés, aunque ahora se vislumbraba un asomo de ironía en su mirada.

La del sujeto de poderosa anatomía era dura y hostil, como si con ella quisiera atemorizar aún más a las muchachas.

Éstas habían dejado de reír al ver entrar a los dos hombres. Las cuatro, automáticamente, se pusieron en pie.

—¿Qué tal se encuentran, señoritas? —les preguntó Lex Rialson, a dos pasos escasos de ellas.

—¿A usted qué le parece, so canalla? —replicó valientemente Helen, con ojos chisporreantes.

Lex Rialson no se inmutó lo más mínimo por el insulto.

—Encuentro lógico y natural su enfado, señorita Godwin. Tanto usted como sus compañeras han sido engañadas, pero ninguna maltratada, no lo olvide. Y le hago esta pequeña observación para que comprenda que, si no modera sus expresiones, especialmente cuando hable conmigo, se expone a que yo me moleste y le ordene al bueno de Frankie, aquí presente, que le enseñe modales a su manera, que como fácilmente se desprende de su poco pacífico físico, no es demasiado delicada.

Helen Godwin sonrió con desprecio.

—Sí, no hay duda de que el tal Frankie es un bestia.

El hercúleo individuo encajó muy mal el insulto. Atirantó el rostro e hizo ademán de avanzar hacia la osada pelirroja, pero Lex Rialson alargó el brazo y le contuvo.

—Quieto, Frankie. Tú solo entrarás en acción cuando yo lo decida.

—Me ha insultado, señor Rialson —masculló el tipo.

—Llamarte bestia a ti no es insultarte, porque lo eres —repuso serenamente Lex Rialson—. También Tom lo es. Por eso estáis

ambos a mi servicio.

El robusto Frankie apretó las mandíbulas, pero no replicó. Lex Rialson miró de nuevo a las chicas.

—Bien, amigas mías, como comprendo que estarán ustedes deseando saber por qué se encuentran en semejante situación, voy a tener el gusto de explicárselo. Hay muchas formas de ganarse el pan en la vida, pero unas son más productivas que otras. La mía lo es, y mucho. Alguien se pone en contacto conmigo y me hace saber que necesita un determinado número de mujeres jóvenes y bonitas. Yo pongo precio. Si llegamos a un acuerdo, me ocupo de conseguírselas rápidamente. Mi cliente, en esta ocasión, es un tipo que vive en Hawai. Me pidió veinte ejemplares. Ayer, en sólo una mañana, los obtuve. Y de haber necesitado más, más que habría obtenido, porque acudían ustedes como moscas a la miel —sonrió irónicamente Lex Rialson.

Julie, mirándole con odio, replicó:

—La policía dará con usted, señor Rialson. El tráfico de mujeres es uno de los delitos más perseguidos por la ley.

Lex Rialson desgranó una risita.

—Tiene usted razón, señorita Hayward: eso está muy perseguido por la ley. Pero conmigo no darán nunca, ¿sabe? Actúo cada vez en un sitio distinto y siempre con las máximas precauciones. La casa a la cual acudieron ustedes no es mía, la alquilé por un mes. Y yo, además de que nunca doy la cara en este tipo de gestiones, ni tampoco en otras similares, como por ejemplo la de insertar el anuncio en el periódico, siempre doy un nombre falso. A mí sólo me ven las piezas que caen en la trampa, o sea, ustedes. Si son jóvenes y atractivas, claro, porque en caso contrario, Richard, el hombre que hacía de mayordomo en la casa, se deshace de la fea de turno diciéndole que la plaza de secretaria particular ya ha sido cubierta. Chica que Richard deja pasar, es pieza lograda.

A Miriam Tunney se le ocurrió preguntar:

—¿Cómo nos trajeron al barco?

—Dispongo de un helicóptero, señorita Tunney. Unos cuantos viajecitos y todas estuvieron a bordo de mi yate, el cual se hallaba anclado a pocas millas de la costa.

—¿Qué hará con nosotras ese desaprensivo de Hawai? —interrogó Shelby Desmond.

—Lo ignoro, señorita Desmond. Como no es de mi incumbencia lo que el comprador haga con la mercancía, nunca lo pregunto.

—¿Mercancía...? —repitió iracunda Helen—. ¿Nos llama usted mercancía...?

—¿Por qué no, señorita Godwin? Según el diccionario, se denomina mercancía a todo género vendible...

—¡Nosotras no somos género, somos personas!

—No se enoje conmigo, señorita Godwin, puesto que yo no inventé este negocio. Si nadie comprara mujeres, yo no me dedicaría a cazarlas, porque no me servirían de nada. Es evidente, pues, que la culpa de lo que les ha sucedido a ustedes no es mía. En todo caso, me corresponde una pequeñísima parte de ella.

El cinismo de Lex Rialson encolerizó aún más a la pelirroja.

—¡Usted es un miserable, señor Rialson!... ¡Una rata asquerosa y maloliente!... Lex Rialson dejó de sonreír y endureció los músculos del rostro.

—Mi paciencia tiene un límite, señorita Godwin.

—¡Y mis uñas ganas de arrancarle los ojos! —gritó Helen, lanzándose como una ñera sobre él.

Afortunadamente para Lex Rialson, el fornido Frankie anduvo listo y se interpuso a tiempo entre él y la pelirroja, a la cual sujetó rápidamente.

A pesar de ello, el subordinado de Rialson no pudo evitar que las uñas de Helen Godwin le abrieran varios surcos en la mejilla, por los que instantáneamente empezó a brotarle la sangre.

Frankie no pudo reprimir un rugido de dolor.

—¡Toma, maldita! —bramó, descargándole una tremenda bofetada.

Helen lanzó un chillido y cayó aparatosamente al suelo, donde quedó medio aturdida, sangrando por la boca.

Lex Rialson, rojo de ira, ordenó:

—Sácala de aquí, Frankie. Hay que darle un escarmiento para que en lo sucesivo no se nos muestre tan agresiva.

—Con mucho gusto, señor Rialson —repuso el sujeto, disponiéndose a cargar con la semidesvanecida Helen.

—¡Quieto, déjela en paz! —gritó, Julie, arrojándose audazmente sobre Frankie, pero éste le dio un fuerte empujón y la hizo rodar por el suelo entre gemidos.

Cuando Julie Hayward consiguió recuperar la vertical, Lex Rialson y Frankie ya habían salido del camarote, llevándose a Helen Godwin.

Shelby Desmond y Miriam Tunney, que habían presenciado con ojos agrandados la violenta escena, estaban como paralizadas, sin color en las mejillas.

—Pobre Helen... —musitó Julie, sintiendo que los ojos se le empañaban de lágrimas. Casi al momento empezaron a oírse los gritos de Helen Godwin.

Gritos desgarradores de angustia, de dolor, de desesperación...

Duraron apenas un par de minutos, aunque a Julie, a Miriam y a Shelby les resultaron interminables.

Después, nada, silencio absoluto.

Las tres muchachas, pálidas como difuntos, cambiaron una mirada. No tardó en abrirse de nuevo la puerta del camarote.

Frankie y Tom, el otro forzudo, dejaron en el suelo el cuerpo inerte de Helen y volvieron a cerrar.

Julie se precipitó sobre ella, dispuesta a socorrerla.

Helen Godwin no ofrecía más señales de golpes en el rostro que las ocasionadas por la brutal bofetada que le propinara Frankie, pero a juzgar por los deterioros de su vestido, se comprendía fácilmente que su cuerpo había sido maltratado en aquellas zonas más sensibles al dolor físico.

—¡Oh, Helen! —sollozó Julie, hondamente impresionada—. ¡Ha debido ser horrible...!

CAPÍTULO III

Lex Rialson se hallaba en su camarote. No estaba solo.

Tenía entre sus brazos a la chica que representara el papel de doncella en la lujosa casa alquilada por él en San Francisco.

—Estás tremenda, Anette.

—¿Tú crees...? —repuso ella, sonriéndole atrevidamente.

Lex Rialson se lo demostró, besándola en los labios con vehemencia.

En cuanto a vehemencia se refiere, la tentadora Anette tampoco se quedó atrás. Ya no vestía como una doncella, sino pantalones ceñidos, muy llamativos, y una blusa de tirantes con pronunciado escote.

Tras el enorme beso, Rialson dijo:

—No hay duda, Anette: eres la mujer de mi vida.

—¿Lo dices en serio, Lex...?

—Muy en serio.

—Entonces, ¿por qué no quieres casarte conmigo? —preguntó ella, haciendo un mohín de enfado.

—Te doblo en edad, Anette...

—¿Y qué? Ya sabes que a mí no me importa.

—Ahora, quizá no, pero más adelante, lamentarías haberte unido a mí.

—Te juro que no, Lex.

Rialson sacudió la cabeza, riendo.

—¡Qué chiquilla eres, Anette!

—Creo saber lo que te pasa, Lex. Piensas que quiero casarme contigo por tu dinero. Sí, era lo que Lex Rialson pensaba.

Y desde luego, lo que la astuta Anette buscaba.

Pero como iban de pillo a pillo, ninguno de los dos descubría su

juego. Lex Rialson se aprovechaba de la belleza y juventud de Anette, y ella se lo permitía porque confiaba en convencerlo para que se unieran algún día en matrimonio.

Rialson, tras mirarla fijamente, repuso:

—No digas tonterías, Anette. Sé que me quieres, pero no por mi dinero. Y si fuera más joven...

—No eres joven, Lex, pero tampoco viejo —dijo ella, y unió su boca a la de él. Seguían con el beso, cuando alguien llamó a la puerta.

—¿Quién? —preguntó Rialson.

—Frankie, señor Rialson.

Éste dejó de abrazar a Anette y autorizó:

—Adelante, Frankie.

El recio individuo entró en el camarote.

—¿Qué hay, Frankie?

—Señor Rialson, Clark asegura que nos encontramos en el lugar convenido con el comprador.

Clark era el piloto del yate, el quinto personaje a las órdenes de Lex Rialson.

—Magnífico, Frankie —sonrió, satisfecho, el jefe de aquel grupo de indeseables—. Dile a Clark que eche el ancla. Esperaremos aquí hasta que aparezca nuestro cliente.

—Muy bien, señor Rialson.

—¿Y las chicas, Frankie? ¿Siguen sin causar nuevos problemas?

—En efecto, señor Rialson. Se muestran dóciles y parecen resignadas a su suerte. A excepción del incidente provocado por Helen Godwin días atrás, la calma ha sido total y absoluta. Ni siquiera esa arisca pelirroja ha vuelto a intentar nada.

—Entre tú y Tom le quitasteis las ganas —recordó, sonriente, Lex Rialson.

—Cierto. Y es que no hay nada como la mano dura para dar rápida solución a ese tipo de problemas.

—Es verdad, Frankie. Bien, cuando aparezca el comprador, avísame enseguida.

—Descuide, señor Rialson.

El corpulento Frankie salió del camarote.

A los pocos segundos, Anette se hallaba nuevamente entre los brazos de Lex Rialson, dispuesta a complacerle en todo.

Diez minutos más tarde, Frankie regresaba con la noticia:

—¡Se acerca una lancha, señor Rialson!

—¿Pintada a franjas rojas y amarillas?

—¡Sí! ¿Cómo lo sabe...? —se asombró Frankie.

—Nuestro cliente me advirtió que se presentaría en una lancha así. Rápido, subamos a cubierta.

Lex Rialson, Anette y Frankie abandonaron el camarote.

Cuando alcanzaron la cubierta, se aproximaron a la banda de estribor, donde se hallaban Clark, Tom y Richard, el tipo que hiciera de mayordomo.

La lancha, hinchable, propulsada por un motor fuera borda, se acercaba rápidamente al yate. Cinco hombres la ocupaban, cuatro de ellos armados con sendas metralletas. Lo de las metralletas no pareció gustarle mucho a Richard, quien observó, con el entrecejo fruncido:

—¿Dónde se creen éstos que van, al Vietnam?

—Es lógico que tomen precauciones, Richard —le tranquilizó Rialson—. En este negocio, la ley persigue tanto al que vende como al que compra.

—De todos modos —intervino Tom—, me sentiría mejor si empuñara mi metralleta.

—Y yo —corroboró Frankie.

—De acuerdo, desconfiados, ir por ellas —dijo Lex Rialson. Los dos forzudos se alejaron en busca de sus armas.

—¿Se ha fijado cómo visten esos tipos, señor Rialson? —dijo Clark—. Ni que fueran a participar en una carrera de motocicletas. Traje de una sola pieza, negro, de piel, ajustado al cuerpo, botas altas, del mismo color. Tan sólo les falta el casco para confundirlos con motoristas profesionales.

—Y todos llevan una W gigante en el pecho —observó Anette—. Cuatro de ellos en color amarillo y el otro en rojo. ¿Qué significará esa letra?

—No lo sé —contestó Lex Rialson—. Pero silencio, que ya están aquí.

En efecto, la lancha acababa de meterse junto al yate, ante la escalerilla metálica que servía para subir a él. Uno de los tipos con la W amarilla en el pecho pasó una cuerda por uno de los peldaños de la escalera metálica, para dejar sujeta la lancha. A continuación,

empezaron a subir al yate de Lex Rialson.

Junto a éste ya se encontraban de nuevo Frankie y Tom, con sus respectivas metralletas.

Ante Lex Rialson se detuvo el sujeto que no portaba metralleta, aunque sí una pistola automática en el ancho cinto. Era un hombre de unos treinta y dos años, no mal parecido, pero de sus facciones emanaba un cierto aire de dureza, de ser un individuo acostumbrado a dar órdenes y ser obedecido inmediatamente. Era el que llevaba la W en rojo. Sus acompañantes lucían un número a la altura del hombro izquierdo, pero él no llevaba ninguno.

Extendiendo su brazo derecho, saludó:

—¿Qué tal, señor Rialson?

—Me alegro de verle, señor Carson —correspondió el propietario del yate, estrechando la mano que le ofrecía su cliente.

—¿Algún problema?

—Ninguno. Como hacemos las cosas bien, nunca los tenemos.

—Excelente. ¿Veinte muchachas?

—Veinte auténticas beldades —sonrió Lex Rialson—. Era lo convenido, ¿no?

—Sí, señor Rialson —respondió el llamado Carson, desviando sus ojos y clavándolos en la fascinante figura de Anette.

Ella se sintió inquieta ante aquella mirada aguda y penetrante. Lex Rialson carraspeó levemente.

—¿Quiere darle una ojeada a la mercancía, señor Carson?

—No será necesario, señor Rialson. Su buen gusto es evidente.

Anette se sintió halagada por las palabras del hombre de la W en rojo, pero procuró no exteriorizarlo.

Lex Rialson volvió a carraspear.

—¿Cuándo piensa llevarse a las muchachas?

—Ahora mismo.

—¿Ahora...? —Respingó Rialson—. ¿A la luz del día? Demasiado peligroso, señor Carson. Su lancha es pequeña, habrá que hacer varios viajes...

—En principio tenía pensado llevármelas esta noche, pero su helicóptero me ha dado una idea —repuso el comprador, apuntando con un dedo el artefacto volador que se hallaba sobre la popa del yate.

—¿Qué idea?

—Si a usted no le importa, podríamos utilizarlo para llevar a las muchachas a su destino. Es una pequeña isla deshabitada que no está lejos.

—¡Oh, bien!; por mí no hay inconveniente.

—Pues cuanto antes empecemos, mejor. Lex Rialson se tironeó un lóbulo.

—Señor Carson...

—¿Sí?

—¿La cuestión económica...?

—¡Oh, sí!, perdone que no hayamos tocado aún ese punto. Tome, aquí está la suma convenida.

Lex Rialson aceptó el fajo de billetes que le tendía su cliente y los contó muy por encima.

—¿Está todo, señor Rialson? —había ironía en la voz del comprador.

—Hasta el último dólar, no lo pongo en duda.

—Manos a la obra, pues.

—¡Oh!, un momento, señor Carson. ¿Prefiere que droguemos a las chicas para que no causen problemas?

—No, no creo que sea necesario. Con atarles las manos y amordazarlas será suficiente. En la isla tengo más hombres. Se ocuparán de ellas a medida que vayan llegando.

—Como quiera. Frankie, Tom, id subiendo a las chicas de dos en dos. Tú, Richard, pon en marcha el motor del helicóptero.

Frankie y Tom se perdieron por la escotilla de proa, regresando poco después con las dos primeras muchachas, maniatadas y amordazadas, como había indicado el comprador. Fueron introducidas en el helicóptero, que iba a ser pilotado por Richard. El cliente ordenó a uno de sus hombres que subiera al aparato y vigilara a las chicas durante el trayecto.

El helicóptero se elevó y partió en dirección oeste, regresando a los pocos minutos para llevarse a otras dos muchachas.

Cuando la totalidad de ellas estuvieron en la isla deshabitada que había mencionado el comprador, éste tendió de nuevo la diestra a Lex Rialson, diciendo:

—Gracias por todo, señor Rialson. Ha sido un placer negociar con usted.

—Lo mismo digo, señor Carson. Si más adelante precisa otra

remesa de chicas bonitas, póngase en contacto conmigo y se las serviré con sumo gusto.

Los ojos del hombre de la W en rojo brillaron extrañamente.

—Me temo que eso no va a ser posible, señor Rialson.

—¿Por qué? ¿Acaso no...? —Lex Rialson se interrumpió al verse repentinamente encañonado, al igual que los suyos, por los tipos de la W amarilla—. ¿Qué significa esto, señor Carson? —inquirió, poniéndose pálido.

—Significa que ustedes van a morir.

—¿Qué...?

Frankie y Tom, que no se habían separado un instante de sus metralletas, intentaron hacer uso de ellas, pero las de los hombres de Carson entraron en funcionamiento mucho antes, abatiéndoles prácticamente a quemarropa.

Clark y Richard, dominados por el pánico, echaron a correr.

Las cuatro metralletas que empuñaban los hombres de la W amarilla entonaron nuevamente su canto de muerte.

Clark y Richard cayeron fulminados, rotos por las balas. Carson dijo:

—Respetad, por el momento, a la chica. Una de las metralletas volvió a trepidar.

Lex Rialson salió impulsado hacia atrás por los proyectiles y segundos después caía sin vida.

Anette, con el rostro demacrado por la espeluznante escena que acababa de presenciar, miró al hombre de la TV en rojo como si éste fuese el mismísimo Satanás.

Carson, con la expresión inalterable, dijo:

—Puedes elegir entre venirte con nosotros o reunirte con tus compañeros, Anette. Si le tienes apego a la vida, la elección es fácil. Podríamos llevarte con nosotros a la fuerza, como a las otras veinte chicas, pero no quiero hacerlo, prefiero que me lo pidas tú.

—¡Sí, se lo suplico! —exclamó nerviosamente ella—. ¡No me maten, llévenme con ustedes!

—Sensata decisión, Anette —repuso Carson—. ¡Muchachos, recuperad el dinero y colocad los explosivos! Vamos, moveos con rapidez.

Instantes después, la lancha se alejaba del yate, llevando a los cinco hombres de la W en el pecho y a la horrorizada Anette. Se

habían distanciado ya lo suficiente cuando sobrevino la atronadora explosión que provocó el instantáneo hundimiento del yate.

Minutos más tarde, la lancha alcanzaba la playa de la isla desierta. Uno de los tipos cargó con el motor fuera borda y otro se ocupó de deshinchar la lancha y enrollarla. Carson y los dos restantes, junto con Anette, se adentraron en la espesura de la isla y caminaron un trecho, hasta detenerse ante un grupo de rocas.

Anette, asombrada, vio cómo, sin que ninguno de sus acompañantes hiciera nada, la primera de las rocas, más alta que un hombre y de considerable anchura, se elevaba unos centímetros del suelo y comenzaba a separarse silenciosa y lentamente de las que había tras ella.

La roca, sostenida y empujada por una gruesa palanca de acero, avanzó casi un metro y luego se detuvo, dejando visible la entrada secreta que había tras ella.

Los tres hombres y Anette la cruzaron.

Aquella entrada comunicaba con una especie de cueva iluminada por una luz verde, cuyo suelo, una plataforma metálica de forma rectangular, se fue lentamente hacia abajo cuando uno de los individuos accionó un mecanismo incrustado en la pared de la cueva.

Descendieron unos cuantos metros y entonces surgió ante ellos un largo corredor con varias puertas. La plataforma mecánica se detuvo a nivel del suelo del corredor. Allí, a menos de dos pasos, delante de un cuadro de mandos en cuyo centro se hallaba una pantalla electrónica que en aquellos momentos transmitía la imagen de la entrada secreta, había un individuo con la misma indumentaria que los que acudieron al yate de Lex Rialson.

—No cierres la entrada, Winter-12 —le dijo Carson, abandonando la plataforma mecánica—. Winter-8 y Winter-22 llegarán enseguida con la lancha.

—Entendido, Winter-Rojo —respondió el tipo, atento a la pantalla de televisión.

—Sígueme, Anette —indicó Carson, avanzando por el corredor.

Ella obedeció, absolutamente perpleja por las extrañas características de aquella construcción subterránea. El color de las paredes, las luces, la forma de las puertas, todo era muy raro, como si formara parte de un decorado para filmar cualquier película de

ciencia ficción cuyo argumento se desarrollara en el año 2000 por lo menos.

Carson la llevó hasta una estancia en cuya puerta había un rótulo que indicaba:

Winter-Rojo

—Quédate aquí, Anette. Y no temas, nadie va a hacerte daño.

Al salir de la estancia, Carson detuvo a uno de los tipos que cruzaban en aquel momento por el corredor y le ordenó:

—Vigila la puerta de mi habitación, Winter-15. Si la chica que he dejado dentro intentara salir, impídeselo.

—De acuerdo, Winter-Rojo.

Carson se alejó, deteniéndose poco después ante una puerta en la que se podía leer: *John Winter. Jefe Supremo del Imperio Winter*. En la pared se veían tres pequeños discos, uno amarillo, uno verde y otro rojo.

Carson pulsó el amarillo y esperó. A los pocos segundos se encendía de forma intermitente el disco verde, lo cual indicaba que John Winter autorizaba la entrada. Carson entró, con risueña expresión.

—Asunto concluido, profesor Winter Singer. Lex Rialson y los suyos han pasado a mejor vida; hemos hundido el yate y tenemos aquí a las veinte chicas que necesitábamos.

John Winter sonrió. Era un hombre menudo, de pocas carnes, que se aproximaba a los sesenta años. Llevaba gafas con cristales de alta graduación y utilizaba un bata blanca de científico.

—¿Has dicho veinte, Stephen...? —repuso con ironía, desconectando la pantalla electrónica que servía para transmitirle sonido e imágenes de varias de las dependencias del subterráneo y de algunos sectores de la isla—. Yo he sumado veintiuna. Incluyendo, claro, a la que has llevado a tu habitación...

Stephen Carson aclaró:

—Ésa no formaba parte del grupo, profesor. Estaba a las órdenes de Lex Rialson. Me gustó en cuanto la vi y le di —a elegir entre venirse con nosotros o recibir varias balas en su bonito cuerpo. Ella, como es lógico, optó por lo primero.

—¿La quieres exclusivamente para ti?

—Así es, profesor. Si usted no se opone a ello, naturalmente.

John Winter se acarició el mentón.

—Tú sabes, Stephen, que eso no se lo permito a ninguno de mis hombres. Las mujeres que tenemos aquí son para todos, sin distinción alguna. Autorizarte a ti, sería infringir las normas del Imperio Winter...

—Pero es que yo soy Winter-Rojo, el hombre que da las órdenes a los Winter-amarillos, porque así lo dispuso usted desde el principio. Algún pequeño privilegio se le puede conceder al brazo derecho del Jefe Supremo del Imperio Winter, ¿no?

John Winter amplió su sonrisa.

—Eres un zorro viejo, Stephen...

—¿Accede?

—Está bien, puedes quedártela para ti.

—Gracias, profesor. Bien, ¿cuándo va a dirigirles unas palabras a las nuevas muchachas?

—Ahora mismo. Es lógico que estén nerviosas y asustadas. Trataré de tranquilizarlas. John Winter y Stephen Carson abandonaron la estancia y se trasladaron a una gran sala, en la cual, con las manos atadas a la espalda, pero sin las mordazas, se hallaban las veinte muchachas raptadas en San Francisco por Lex Rialson.

Cuatro hombres armados las vigilaban.

La totalidad de las chicas, al ver aparecer al hombrecillo de los lentes, clavaron sus ojos en él.

John Winter, tras examinarlas con detenimiento, carraspeó para aclararse la voz y en tono ceremonioso se dirigió a ellas:

—Veo por vuestras expresiones que el temor os domina por completo. Un temor justificado, no cabe duda, porque os han obligado a venir aquí sin decirnos siquiera para qué, y vosotras, lógicamente, esperáis lo peor... Pues bien, alejad esos temores, porque aquí no sufriréis daño alguno. Os lo garantiza John Winter, el creador de este refugio subterráneo lleno de comodidades, cuya existencia desconoce todo el mundo por haber sido construido en el más estricto secreto... Bien, como sé que os estaréis preguntando con qué fin os he traído a él, os lo voy a explicar rápidamente, sin más preámbulos. La Humanidad entera —la voz del profesor Winter se tornó tan grave como su expresión—, está a punto de perecer...

CAPÍTULO IV

La increíble revelación de John Winter cayó como una bomba.

Julie Hayward y Helen Godwin, atónitas, se miraron, en tanto que Shelby Desmond dilataba los ojos y Miriam Tunney abría la boca como un retrasado mental.

Las expresiones de las otras dieciséis chicas eran similares.

—Sí, la Humanidad entera está a punto de perecer —repitió el profesor Winter, atrayéndose nuevamente todas las miradas femeninas—. Dentro de unos días, quizá antes de una semana, la atmósfera terrestre empezará a convertirse en un veneno mortal para todo aquel que haga uso de ella... Los cinco continentes se llenarán de cadáveres y nuestro mundo, el planeta Tierra, será en pocos días un gigantesco cementerio... Nadie, absolutamente nadie, podrá librarse de este trágico fin, porque no existe remedio alguno para combatir el envenenamiento atmosférico de que os he hablado. Llevo muchos años al servicio de la ciencia y por ello puedo hacer, sin temor a equivocarme, esta estremecedora afirmación.

John Winter se interrumpió unos segundos. Tras comprobar que la totalidad de las muchachas continuaban mirándole, quietas como estatuas, sonrió levemente y prosiguió:

—Bueno, al decir que nadie podría librarse de la muerte, excluía a cuantos nos hallamos en este refugio subterráneo. Un grupo de personas, exactamente ochenta y tres entre hombres y mujeres, cuarenta y dos y cuarenta y una respectivamente, sobreviviremos, porque aquí tenemos almacenados alimentos y oxígeno suficientes para resistir alrededor de seis meses sin necesidad de salir al exterior. Y para entonces, esa especie de gas mortífero, causa del envenenamiento de la atmósfera terrestre, habrá dejado de producir efecto, por lo que se podrá respirar libremente, sin riesgo de

ninguna clase. La Tierra será un planeta muerto, pero nosotros, los ochenta y tres seres supervivientes, estaremos en condiciones de darle vida nuevamente.

John Winter hizo una nueva pausa y continuó:

—Supongo que docenas de preguntas estarán deseando salir de vuestros labios, pero por hoy no os puedo decir más. Lo más importante ya lo sabéis: la Humanidad va a desaparecer. Vosotras, que habéis sido traídas aquí a la fuerza como las otras muchachas que tenemos en el subterráneo, sobreviviréis. Lo que hasta hace tan sólo unos minutos pensabais que era la mayor desgracia de vuestra vida, ha resultado ser vuestra salvación. No os pido que me deis las gracias por ello, sino que colaboréis conmigo en la noble tarea que me he propuesto: evitar el fin de la especie humana. Si cada uno de nosotros aporta su pequeño grano de arena, alcanzaremos el éxito. Y bien, de momento, esto es todo. Ahora mismo ordenaré que os quiten las ligaduras y os faciliten ropa más apropiada. Y por favor, no creéis problemas, que no son pocos los que tenemos aquí. Si alguna de vosotras desea verme por cualquier motivo, que se lo haga saber a este hombre, Winter-Rojo, la persona que se ocupa de que cada cual cumpla con su obligación. Si el motivo es realmente importante y requiere mi atención, él os conducirá hasta mí.

John Winter dio media vuelta y abandonó la sala, acompañado por Stephen Carson.

Los cuatro tipos armados salieron a continuación, dejando solas a las chicas.

La morenita Miriam Tunney, con un hilo de voz, dijo:

—¿Habéis oído lo que ha dicho ese hombre...? ¡Es lo más espantoso que me podía imaginar!

—¡El fin de la Humanidad, qué horror...! —exclamó, ahogadamente, Shelby Desmond, con las mejillas amarmoladas.

—¡Oh, Dios! —gimió Julie Hayward—. ¿Cómo es posible que Tú permitas...?

—No lo permitirá, Julie, estoy segura —dijo la pelirroja Helen Godwin, más serena que sus compañeras—. Ignoro la capacidad científica de ese tal John Winter, pero a mí se me antoja un chiflado, un tipo con el seso tocado. No creo una sola palabra de lo que nos ha dicho. ¿Y sabéis por qué? Me parece demasiado raro que con tantos científicos como hay en el mundo, algunos de ellos,

auténticas celebridades, sólo uno, John Winter, sepa que dentro de unos días la atmósfera terrestre será un veneno mortal. Es tremendamente absurdo, ¿no os parece? Y suponiendo que fuera verdad lo que ha dicho John Winter, ¿por qué lo ha mantenido en secreto?, ¿por qué ha ocultado su descubrimiento a sus colegas? No es una forma de proceder sensata y lógica. Las medidas que él ha tomado para salvar a un grupo de personas, también las hubieran podido tomar los Gobiernos de todos los países del mundo si hubiesen conocido el peligro que se cernía sobre la Tierra, y de este modo, salvar a millones de seres.

Julie la miró con los ojos muy abiertos.

—¿Quieres decir, Helen, que hemos caído en manos de un loco...?

—Sospecho que sí, Julie. La actitud de John Winter es sumamente extraña. Tal vez...

—Helen Godwin se calló, porque media docena de muchachas acababan de entrar en la sala.

Todas eran atractivas y vestían de forma idéntica: blusa de suave y brillante tejido, falda muy corta y botas hasta la rodilla, todo del mismo color, un rosa claro muy sugestivo. En el bolsillito de la blusa, bordada en hilo amarillo, destacaba una doble uve mayúscula.

Tres de las chicas sostenían entre sus brazos gran cantidad de prendas de ropa del mismo color que su indumentaria. Las otras tres llevaban varios pares de botas en cada mano. Lo dejaron todo sobre una mesa, se aproximaron a las muchachas que acababan de llegar al subterráneo, y en silencio, empezaron a desatarles las manos.

Julie Hayward se dirigió a la chica que en aquellos momentos procedía a desatar a Shelby:

—¿Cuánto tiempo lleváis vosotras, aquí?

—¿Os tratan bien? —interrogó Miriam.

—¿Es cierto que dentro de unos días empezarán a morirse todos...? —preguntó la propia Shelby, girando la cabeza.

La chica continuó su tarea como si no hubiese escuchado nada.

—¿Qué pasa, no tienes lengua? —intervino Helen, mirándola con dureza.

—Lo siento, no estamos autorizadas a responder a ninguna pregunta —contestó la muchacha.

—¿Puede saberse por qué?

—Ordenes de Winter-Rojo.

—Pero ese tipo no está presente —observó Julie—. Aunque nos digas alguna cosa...

—En el Imperio Winter es conveniente no desobedecer ninguna orden.

—¿Esto es un imperio...? —Parpadeó Miriam.

—Sí, hombre, y John Winter, el emperador —terció con guasa Helen—. Cuando yo os digo que ese tío está como una cabra...

Los ojos de la chica tuvieron un chispeo de temor. Con voz que era apenas un susurro, aconsejó:

—No vuelvas a hablar así del profesor Winter. La disciplina aquí es muy severa, créeme.

La pelirroja iba a replicar, pero Julie medió:

—Obedece, Helen. Recuerda lo que te pasó en el yate, por insultar a Lex Rialson.

Hemos de obrar con menos acaloramientos y mayor inteligencia.

Helen Godwin dio un suspiro de resignación.

—De acuerdo, procuraré hablar con más respeto del tipo de la sesera dañada.

Cuando las veinte muchachas tuvieron las manos libres, las seis chicas del atuendo rosa empezaron a distribuir las prendas de ropa que habían traído, así como las botas, entregando a cada cual las que correspondían a su talla y número respectivamente.

—¿Es preciso que nos pongamos esto...? —inquirió Julie, contemplando la faldita que acababa de entregarle la chica de antes.

Ésta asintió:

—Sí, forma parte del uniforme femenino del Imperio Winter.

—Pero si mide menos de un palmo...

—No te preocupes, Julie, aquí abajo no hace frío —intervino Helen, en tono socarrón.

—Enseñaremos las piernas por completo, como ellas... —dijo Miriam, señalando con el dedo los miembros inferiores de la chica que les estaba entregando las prendas.

—Más enseñabas cuando te ponías el bikini, ¿no? —repuso la pelirroja, sonriendo con ironía.

—¿Es posible que tengas ganas de bromear, Helen? —censuró

Shelby.

—Lo que pretendo es que os pongáis este atrevido equipo sin rechistar, porque si no lo hacemos así, apuesto a que su excelencia el emperador nos envía media docena de tipos de esos que llevan la doble uve amarilla en el pecho y nos lo colocan a la fuerza.

¿Preferiríais que sucediera así?

Las palabras de Helen Godwin acabaron rápidamente con los escrúpulos de sus compañeras. Todas, sin excepción alguna, procedieron a colocarse el picaón uniforme.

Lo que ninguna de ellas podía sospechar era que estaban siendo observadas y escuchadas por John Winter y Stephen Carson, a través de la pantalla de televisión que tenía instalada, el primero, en su habitación.

John Winter tenía atirantados los músculos faciales y sus ojos brillaban peligrosamente.

—Esa pelirroja a la que llaman Helen, se arrepentirá profundamente de haberme insultado, Stephen.

—Sí, creo que se ha ganado a pulso un severo castigo.

—Ha dicho que estoy como una cabra...

—Sí, lo ha dicho. Además de otras varias impertinencias que no debemos tolerar.

John Winter desvió los ojos de la pantalla electrónica y los fijó en su hombre de confianza.

—¿Tú crees que mi cerebro está enfermo, Stephen?

—Por supuesto que no, profesor. Al contrario, es usted un genio. Se lo he repetido muchas veces. Sólo una mente tan prodigiosa como la suya sería capaz de llevar a cabo una empresa tan increíble como la que desde hace tiempo venimos preparando.

—Tú la apruebas, ¿verdad?

—Por completo.

John Winter sonrió con satisfacción.

—Me complace que pienses así, Stephen. Bien, volvamos a esa pelirroja llamada Helen —se puso serio, nuevamente—. Ocupate personalmente de ella. Ahora mismo.

—¿La tostadora o el frigorífico?

—Lo dejo a tu elección, Stephen.

—Muy bien, profesor.

Stephen Carson iba a ponerse en movimiento, cuando, a través

del intercomunicador que tenía John Winter sobre su mesa, llegó una voz alterada:

—¡Profesor Winter!

—¿Qué ocurre? —inquirió el científico, pulsando un botón.

—¡Conecte con el sector norte de la isla, rápido! ¡Se aproxima una avioneta que parece haberse vuelto loca!

John Winter se abalanzó materialmente sobre la pantalla de televisión y accionó uno de los múltiples dispositivos que ésta tenía en su base. Instantáneamente desapareció la imagen de las muchachas que se estaban colocando el uniforme rosa y surgió la zona norte de la isla.

Efectivamente, una avioneta se acercaba.

Era evidente que su motor estaba seriamente averiado, y que a pesar de los muchos esfuerzos que, sin duda, estaría realizando el piloto por dominarla, no tardaría demasiado en estrellarse contra el mar o contra la isla, si es que llegaba a ella.

Sucedió lo primero.

La avioneta chocó contra el agua, prácticamente en picado. Se hundió rápidamente.

Sin embargo, segundos antes de que la avioneta y el agua entraran en colisión, el piloto se había lanzado, en un intento desesperado de salvar su vida.

—Se habrá matado al chocar contra el agua —dijo Stephen Carson—. La altura era considerable.

—Lo mismo pienso yo —convino John Winter.

—¡No, fíjese, profesor! —exclamó, de pronto, Carson—. ¡Acaba de salir a la superficie y nada hacia la playa!

—¡Es cierto!

—Lo hace lentamente, con gran dificultad. Debe estar maltrecho por la caída. En efecto, el piloto avanzaba con gran esfuerzo hacia la playa.

Cuando por fin logró alcanzarla, se arrastró unos metros sobre la arena mojada y luego quedó inmóvil, tumbado boca abajo, como si hubiera perdido el conocimiento.

—Se ha desvanecido, Stephen.

—Sí, eso parece.

—Coge cuatro hombres y ve por él.

—A liquidarlo, supongo.

—Para eso siempre tendremos tiempo, Stephen. Ahora lo que me interesa es saber quién es, y qué le sucedió a su avioneta.

CAPÍTULO V

El piloto, un joven de facciones simpáticas, pelo castaño, complexión física normal, se hallaba tendido sobre una cama, inconsciente todavía.

Cerca de él se encontraban John Winter y Stephen Carson.

Éste tenía entre sus manos la billetera del piloto, la cual estaba revisando minuciosamente.

—¿Y bien, Stephen? —apremió el científico.

—Sí, aquí está su documento de identidad. Se llama Don Barrows, veintisiete años, soltero, nacido en Nueva York. También lleva su licencia de piloto, expedida en la ciudad de los rascacielos.

—¿Alguna cosa más?

—Una tarjeta de visita de un tipo llamado William Reynolds, exportador de azúcar, que vive en Honolulu.

El piloto empezó a moverse.

—Se está recobrando, profesor —murmuró Carson.

—Pronto, deja la billetera donde estaba. Stephen Carson se la puso en el bolsillo al piloto.

Éste, poco después, abrió los ojos. Al verse en aquel extraño lugar, con dos personas a su alrededor, su rostro reflejó asombro.

—¿Cómo se encuentra, muchacho? —le preguntó John Winter, sonriendo bondadosamente.

El joven se llevó una mano a la frente.

—¿Dónde estoy?... ¿Qué ha pasado?...

—Su avioneta, ¿recuerda? Se estrelló contra el agua.

—¡Oh, sí!; el accidente... Pude lanzarme a tiempo y nadar hasta la playa. Luego me desmayé, faltó de fuerzas...

—En efecto, así sucedió —confirmó John Winter—. Nosotros presenciamos el accidente, le recogimos en la playa y lo trajimos

aquí.

El joven se puso en pie con alguna dificultad. Hizo una mueca y comentó:

—Diablos, estoy que no valgo un centavo...

—El cansancio lógico. Pero no se preocupe, no ha sufrido ningún daño, se repondrá rápidamente.

—Eso espero... Mi nombre es Don Barrows. Quiero darles las gracias por haberme ayudado. Por cierto, ¿qué lugar es éste?

—Está usted en la misma isla que alcanzó a nado. El piloto quedó desconcertado.

—No es posible... Esta pequeña isla está deshabitada, siempre lo ha estado...

—¡Oh! Luego le aclararemos eso, no se preocupe —sonrió John Winter—. Primero nos gustaría saber qué le sucedió a su avioneta para que se volviera loca en el aire.

Don Barrows endureció la expresión.

—Tengo la completa seguridad de que han intentado acabar conmigo.

—¿De veras...?

—El motor de la avioneta funcionaba perfectamente, yo mismo lo comprobé ayer. Alguien, durante la noche, provocó la avería. Y descompuso la radio. Cuando noté que el motor empezaba a fallar, quise enviar un mensaje, facilitando mi posición, pero no me fue posible, porque no funcionaba. Y por si fuera poco, los tirantes del paracaídas habían sido cortados. Todo estaba bien calculado para que yo me fuera al otro mundo.

John Winter y Stephen Carson cambiaron una mirada.

—¿Tiene idea de quién...? —preguntó el primero.

—Naturalmente —masculó el joven—. Ha sido cosa de William Reynolds, el hombre para quien trabajo. Es un ricachón de Honolulu. Posee varias plantaciones de caña de azúcar en Oahu, Niihau, Lanai y Kauai. Nos conocimos casualmente en Nueva York, y al saber que yo era piloto, me ofreció un buen sueldo por pilotar su avioneta particular. Acepté, y me vine con él a Hawai... Todo fue bien hasta que su esposa, una mujer tan hermosa como carente de escrúpulos, se encaprichó de mí. Yo la esquivaba continuamente, porque no quería quedarme sin empleo, pero ella siguió provocándome sin ningún disimulo, incluso estando presente su

marido... William Reynolds empezó a creer que entre su esposa y yo había algo y su actitud hacia mí cambió por completo. Dejó de ser amable y comenzó a tratarme adustamente. Su esposa, al ver que no lograba de mí lo que deseaba, me amenazó con decirle a William Reynolds cosas que no habían sucedido. Yo no la creí capaz, pero, evidentemente, me equivoqué... Debí decirle algo anoche, porque esta mañana William Reynolds estaba más agrio que nunca. Cuando me ordenó ir a Lanai, observé un brillo en su mirada que no me gustó nada. Además, el motivo del viaje era bastante absurdo... No me cabe duda, él fue quien preparó el accidente.

John Winter, que había escuchado con mucho interés las explicaciones del joven, sonrió satisfecho.

—Voy a decirle algo que le sorprenderá, Barrows: ha sido una suerte para usted que William Reynolds intentara enviarle al más allá, porque con ello no ha hecho otra cosa que salvarle la vida.

Don Barrows no sólo se quedó sorprendido, sino estupefacto.

—¿Ha dicho salvarme la vida...?

John Winter le habló en términos parecidos a los que empleó cuando se dirigiera, un rato antes, a las veinte chicas entregadas por Lex Rialson.

Que si el fin de la Humanidad...

Que si el envenenamiento de la atmósfera.

Que si dentro de seis meses un grupo de seres humanos, los que se hallaban en aquel refugio subterráneo, darían vida nuevamente a la Tierra...

Don Barrows escuchó todo aquello con la boca cada vez más abierta. Cuando John Winter dejó de hablar, el joven tenía aspecto de idiota.

—¿Y dice que eso sucederá dentro de unos días...? —balbució.

—Antes de una semana, probablemente —confirmó el científico.

—Es algo horroroso, escalofriante...

—Sin duda, muchacho. Hubo una breve pausa.

—¿Cuál es la causa de ese envenenamiento atmosférico? —preguntó Don Barrows.

—Bueno, se trata de un fenómeno difícil de explicar a alguien que no pertenezca al campo de la investigación científica... —repuso John Winter, atusándose una patilla—. No creo que lograra

entenderlo usted, Barrows.

—¿Cómo es posible que el mundo continúe ajeno al espantoso drama que se avecina? Doy por sentado que usted, tan pronto como descubrió el peligro que acechaba a la Humanidad entera, lo pondría en conocimiento de sus colegas...

El profesor Winter sonrió tristemente.

—Sí, lo hice, Barrows, pero no me tomaron en serio. Yo no gozaba de gran prestigio entre mis colegas; para la mayoría de ellos, no era más que un fracasado... Pensaban así porque jamás logré culminar ningún trabajo realmente importante. Cuando les hablé de que la Humanidad estaba en peligro, se echaron a reír a carcajadas. Incluso hubo quien me aconsejó que visitara, cuanto antes, a un siquiatra... Dolido profundamente por sus risas y sus burlas, opté por no hablar con nadie más de aquello. ¿Para qué? Si los hombres de ciencia se lo tomaban a broma, cómo se lo tomarían los demás... Me exponía a que me encerrasen en un manicomio para una buena temporada. Decidí, pues, obrar por mi cuenta. Reuní un grupo de hombres, los traje a esta pequeña isla deshabitada y construimos secretamente este refugio subterráneo... Como puede ver, Barrows, no soy en absoluto responsable de que la humanidad perezca.

La pausa, esta vez, fue más larga. John Winter rompió el silencio:

—¿En qué está pensando, Barrows?

—En que debe haber alguna forma de que el mundo le crea, de que la humanidad se ponga a salvo...

—No la hay, muchacho.

—Tal vez si yo intentara...

—Sería inútil, créame. Le tomarían por loco y le encerrarían. Y eso, debo recordárselo, significaría también su muerte.

—A pesar de ello, me gustaría intentarlo.

—¿Está dispuesto a arriesgar su vida...?

—Estando en juego la de millones de seres, no me importa hacerlo. John Winter alargó los brazos y apretó los hombros de Don Barrows.

—Su actitud es digna del mayor elogio, muchacho. Sin embargo, ya no hay tiempo para tomar las medidas oportunas. Ni aun creyéndole a usted desde el primer momento, se podría evitar la catástrofe.

—Quizá en parte sí...

—Olvídelo, Barrows. Ya no es posible hacer nada. Dé gracias al Todopoderoso por haberle permitido llegar a esta isla, y colabore con nosotros a lograr el fin que nos hemos propuesto. Ahora me ocuparé de que le entreguen ropas secas y de que le sirvan algo que le ayude a reponer las fuerzas perdidas. Hasta mañana no le asignaremos ningún trabajo, tiene el resto del día para descansar.

—Todavía no sé su nombre...

—John Winter. Y éste es Stephen Carson, el jefe de personal. Don Barrows miró fijamente al científico.

—Señor Winter...

—Llámeme profesor.

—Profesor Winter, le ruego que me facilite los medios necesarios para regresar cuanto antes a Honolulu. Sigo pensando que puedo hacer algo por salvar a la humanidad.

John Winter sonrió.

—Lo lamento, Barrows, pero me es imposible complacerle. Vamos, Stephen.

Una vez fuera de la estancia, John Winter ordenó a los dos hombres que aguardaban en el corredor:

—No le dejéis salir bajo ningún pretexto.

Después, él y Carson caminaron hacia uno de los extremos del corredor.

—¿Qué opinas de Don Barrows, Stephen?

—No me cae bien ese tipo, profesor. Creo que hubiera sido mejor darle el pasaporte.

—A mí sí me gusta. Es un joven decidido y valiente, de los que no se arredran ante las dificultades. Puede sernos muy útil.

—¿Quién nos asegura que todo lo que ha contado no es más que una sarta de embustes?

John Winter se detuvo.

—¿Por qué razón habría de mentir?

—Suponga que se trata de un agente del FBI o de la CIA.

—¡Oh, vamos Stephen, no digas disparates! —rió el científico—. El accidente fue real, nosotros lo presenciamos. Tan real, que Don Barrows está vivo de puro milagro. Además, ¿por qué motivo iban a mandar el FBI o la CIA a uno de sus agentes a esta isla? Esas organizaciones ni siquiera saben que existimos.

—De todos modos, ¿por qué correr un riesgo innecesario? Nos deshacemos de Don Barrows y en paz.

—No, Stephen, ese muchacho seguirá con vida. Y si realmente no fuera lo que dice ser, no tardaremos en averiguarlo, puesto que disponemos de medios suficientes para observar cada movimiento que haga.

—Sí, eso es cierto. Constantemente estará controlado.

—Ahora, Stephen, ve y ocúpate de esa deslenguada de Helen. Y no seas blando con ella, ¿entendido?

—Usted sabe bien que de blando no tengo nada, profesor Winter.

Stephen Carson se alejó de John Winter y se personó en la sala donde se encontraban las veinte muchachas, tan uniformadas ya como las otras seis que se habían ocupado de ellas.

Las chicas enmudecieron al verle entrar.

Stephen Carson buscó con la mirada a Helen Godwin. Cuando la halló, ordenó:

—Tú, ven conmigo.

—¿Adónde? —Se sobresaltó ella.

—No hagas preguntas y obedece.

Julie Hayward apretó el brazo de la pelirroja y susurró:

—¿Qué querrá Winter-Rojo, Helen?

—Eso quisiera saber yo, Julie —repuso quedamente Helen.

—No cometas ninguna tontería, te lo ruego.

—Descuida, procuraré dominarme —aseguró Helen Godwin, y caminó con decisión hacia Stephen Carson.

Julie, Shelby y Miriam la siguieron con los ojos hasta que salió de la sala junto con Winter-Rojo.

Este condujo a Helen hasta una estancia cuyas paredes estaban revestidas de planchas metálicas repletas de pequeños orificios. Tenía unos dos metros de larga por otros tantos de ancha. La puerta era gruesa, pesada, similar a la de una cámara frigorífica.

—Entra —indicó hoscamente Carson.

—¿Para qué? —inquirió con temor Helen.

—Has insultado al profesor Winter, y eso, en el Impero Winter, se castiga severamente.

—¡No! —gritó la joven, intentando huir, pero Stephen Carson se lo impidió, sujetándola con fuerza.

De un empujón la envió dentro de aquella siniestra cámara y cerró la puerta. A continuación, manipuló un mecanismo que había en la pared, a la derecha de la puerta. Era el dispositivo que regulaba la temperatura del interior de lo que ellos llamaban *frigorífico*.

Stephen Carson situó la aguja indicadora en un número y se marchó.

Helen Godwin iba a saber lo que era estar a cinco grados bajo cero, durante media hora, cuando no se contaba más que con una ligera indumentaria...

CAPÍTULO VI

—Bésame otra vez, Stephen... —ronroneó Annette.

—Todas las que quieras, preciosa —respondió Stephen Carson, aplastando su boca contra la de ella.

Estaban sentados en un cómodo diván, estrechamente abrazados.

Tras el fervoroso beso, Anette, que ya lucía el atrevido uniforme rosa, dijo:

—Fue una suerte que te fijaras en mí, Stephen.

—Fijarse en ti no es extraño.

—Que yo te gustara, quiero decir. Gracias a ello sigo con vida.

—Así es, Anette.

—Lo que menos imaginaba cuando accedí a venir a esta isla, es que me iba a convertir en la chica de Winter-Rojo. Todavía me parece un sueño...

—Pues es una realidad —repuso él, acariciándola.

Ella le miró con un asomo de preocupación en los ojos.

—¿Por cuánto tiempo, Stephen?

—¿Qué quieres decir?

—Que si me tendrás siempre a tu lado o te cansarás de mí y me mandarás con las otras, a convivir con los Winter-amarillos...

Stephen Carson sonrió con presunción.

—Eso va a depender de ti, preciosa. Si te esfuerzas por hacerme la vida agradable, no dejarás de ser la chica exclusiva de Winter-Rojo.

—Pondré todo mi empeño en no defraudarte, Stephen —aseguró Anette, acercándole los labios tentadoramente.

Stephen Carson se los cubrió con los suyos. Un timbre se puso a sonar en la estancia.

—¡Qué inoportunos! —refunfuñó Carson.

—Y que lo digas —suspiró Anette.

Stephen Carson se puso en pie, caminó hacia la puerta y la abrió.

—¿Qué ocurre, Winter-9?

—El tipo que recogimos en la playa, Winter-Rojo. Desea hablar con usted.

—Está bien, vamos.

Stephen Carson y el individuo se dirigieron a la habitación donde permanecía Don Barrows.

El primero entró en ella.

Don Barrows ya se había colocado la indumentaria de los Winter-amarillos y ofrecía mucho mejor aspecto. Sonriendo, dijo:

—Gracias por venir, señor Carson.

—¿Qué sucede, Barrows? ¿Algún problema?

—Bueno, veré, yo ya me encuentro perfectamente. He comido algo y me he puesto este bonito atuendo que me han entregado, pero cuando hace poco, intenté salir, los dos hombres que están en el corredor me lo impidieron.

—Cumplen órdenes del profesor Winter —explicó Carson, con frialdad.

Don Barrows frunció el ceño.

—¿Qué pasa, no se me permite salir de esta pequeña habitación? ¿Estoy encerrado como un vulgar delincuente?

—Ya oyó al profesor Winter: hasta mañana no se le asignará ninguna ocupación.

Quédese aquí hasta entonces y descanse.

—Le repito que no necesito más descanso. Lo que necesito es salir, distraerme realizando algún trabajo, para no acordarme continuamente de que la Humanidad entera perecerá dentro de unos días sin que se pueda hacer nada por evitarlo. Aquí encerrado, sin hablar con nadie, no puedo dejar de pensar en ello. Mis nervios acabarán estallando, ¿no lo comprende?

—Lo siento, Barrows, pero si el profesor Winter ha dispuesto que permanezca usted en esta habitación, debe obedecer sin crearnos problemas. No obstante, como me hago cargo de que no debe resultar muy divertido para usted, me ocuparé de que tenga compañía.

Stephen Carson dio media vuelta y salió de la habitación.

Don Barrows rezongó una imprecación a media voz y se puso a caminar por la estancia como un gato enjaulado.

No se resignaba a permanecer en ella hasta el día siguiente, ni sólo ni acompañado. A propósito, ¿acompañado por quién?

Tal vez por un perro.

¿No era el perro el mejor amigo del hombre...? Nada, fuera perros.

Prefería la compañía de una joven rubia, de piernas largas, estrecha cintura, rostro atractivo...

Diablos, ¿en qué estaba pensando? La Humanidad a punto de sucumbir irremisiblemente y él deseando la compañía de una rubia de muy buen ver.

«¿Te parece bonito, Don?», se censuró a sí mismo, con ganas de darse un par de bofetadas.

Estaba decidiendo si se las daba o no, cuando se abrió la puerta. Don Barrows contuvo una exclamación de sorpresa.

¡Allí estaba la chica que su mente había imaginado! Piernas largas, estrecha cintura, rostro atractivo... Lo tenía todo menos una cosa: el cabello rubio.

Pero ¡qué diantre!, después de darle un repaso a aquella preciosidad de pelo negro como el azabache... ¡a paseo todas las rubias del mundo!

Stephen Carson, en tono irónico, dijo:

—Ya tiene con qué distraerse, Barrows.

Después cerró la puerta, dejándole a solas con la joven morena.

Transcurrió casi un minuto sin que ninguno de los dos dijese nada. Emplearon ese tiempo en mirarse, él con manifiesta admiración, ella con evidente recelo.

Don Barrows carraspeó ligeramente.

—¡Hola...!

La chica no respondió.

—Me llamo Don, ¿y tú?

—Julie.

—Me alegro de conocerte, Julie.

—Lamento no poder decir lo mismo —repuso Julie Hayward, clavada junto a la puerta.

—Diablos... ¿Tan mal te caigo?

—¿Usted qué cree?

—Que sí, a juzgar por tu expresión. Y la verdad, no me lo explico... Bueno, no pretendo decir que a todas las chicas del mundo les resulto simpático, pero es la primera vez que le caigo antipático a una antes de conocernos...

—No puede resultarme simpático un hombre que se dispone a divertirse conmigo, sin ningún remordimiento de conciencia.

—¿Cómo ha dicho...? —Respingó Don, olvidándose del tuteo.

—Divertirse conmigo. Ultrajarme, si lo prefiere en términos más crudos.

—¿Ultrajarla...? —balbució él—. ¿Oiga, de qué me está hablando?

—No se moleste en disimular, que la cosa está demasiado clara. Winter-Rojo dijo:

«Ya tiene con qué distraerse, Barrows».

—Pero ese hombre a quien usted llama Winter-Rojo se refería a...

—Sé muy bien a qué se refería, porque el tono de su voz era harto significativo. Yo soy, en teoría, el objeto que va a servir para *distraerle*. Y digo en teoría porque en la práctica va a ser muy distinto. No permitiré que me ponga las manos encima, ¿se entera? En cuanto lo intente, le arañaré, le morderé, me defenderé como una pantera rabiosa.

—Oiga, Julie...

—Si quiere un consejo, llame a Winter-Rojo y dígame que no le gusto, que le mande a otra. Saldrá usted ganando, se lo aseguro.

Don Barrows la midió de pies a cabeza.

—¿Cómo voy a decirle a Winter-Rojo un disparate semejante? Creería que estoy mal de la vista.

—Entre las chicas que hemos llegado hoy, las hay más bonitas que yo. Y también más dispuestas a cumplir cualquier cosa que se les ordene, porque después de saber lo que le han hecho a Helen Godwin...

—¿Qué le han hecho?

—La encerraron en el *frigorífico* y pasó un rato horrible.

—¿A qué clase de frigorífico se refiere?

—Usted debe saberlo mejor que yo.

—Le juro que no tengo ni idea, Julie.

—En cualquier caso, sepa que a mí no me asusta ese *frigorífico*. Al menos, no lo suficiente como para acceder a servirle de distracción a nadie. Prefiero que me encierren allí antes que...

Don Barrows se pasó una mano por la nuca y exhaló un suspiro.

—¿Sabe, Julie? Tengo la impresión de que usted y yo hablamos idiomas distintos.

Que no nos entendemos, vamos.

—Yo me he explicado con claridad: no pienso someterme a sus caprichos. Y lucharé como una...

—Como una pantera rabiosa, ya lo dijo antes. Pero olvídense de eso, aquí nadie va a luchar. No tengo intención de someterla a ningún capricho, entérese de una vez. Es más, yo no pedí una muchacha para distraerme. Lo único que pedí fue que me dejaran salir de esta habitación, porque no me gusta estar encerrado, pero hasta mañana no me lo permitirán. Lo de que usted viniera a distraerme fue idea de Stephen Carson. Winter-Rojo, como usted le llama. Sin embargo, debo confesar que al verla entrar con ese atuendo tan... tan... digamos sugestivo, pensé que venía usted dispuesta a lo que fuera.

—Enseño las piernas porque me obligan a ello, como todas.

—Sí, apenas cambié las primeras palabras con usted, me di cuenta de que era una chica distinta a lo que las circunstancias parecían indicar.

Sobrevino una pausa.

—¿Por qué le tienen encerrado? —preguntó Julie, algo más tranquilizada por las palabras de Don Barrows.

—Quieren que descanse, que me reponga totalmente del accidente.

—¿Qué accidente?

—Soy piloto, ¿sabe? Mi avioneta cayó al mar, cerca de esta isla, y los hombres del profesor Winter me recogieron desvanecido y me trajeron a esta habitación. Cuando me recobré, el profesor Winter me informó de que la Humanidad entera...

—Eso es un cuento chino.

—¿El qué?

—La Humanidad no puede perecer así, en un soplo. No me trago lo del envenenamiento atmosférico. Son todo fantasías del profesor Winter. O patrañas, para encubrir otras cosas. Si fuese cierto, si

existiese ese peligro, realmente, otros científicos lo hubieran descubierto también. Pero no, ninguno de ellos sabe nada, el mundo sigue viviendo tan tranquilamente.

—El profesor Winter comunicó su descubrimiento a sus colegas, pero no le tomaron en serio, se burlaron de él. Por eso el mundo desconoce el peligro.

—Es lógico que no le creyeran, lo que dice el profesor Winter es demasiado absurdo.

¿Acaso usted lo cree posible?

—Confieso que sí. Incluso le pedí al profesor Winter que me facilitara los medios para regresar, cuanto antes, a Honolulu. Quería advertir al mundo de lo que va a suceder...

—Pero no se lo permitió, ¿eh?

—Así es. Dijo que sería inútil, que me tomarían por loco.

—Lo que quiere impedir es que usted hable de él y de su refugio subterráneo. Aquí se está tramando algo gordo, desde luego, pero nosotros no sabemos qué es. Y aunque lo supiéramos, no nos serviría de nada, puesto que no hay modo de salir de aquí.

Sobrevino otro silencio.

De pronto, Don Barrows se acercó a la joven y la tomó por los hombros.

—¿Puedo confiar en usted, Julie?

—Desde luego. También yo, sin darme cuenta, he confiado en usted y le he dicho cosas que, si llegasen a oídos del profesor Winter, me llevarían, sin duda a sufrir un rato horroroso en el *frigorífico*.

—No tema, por mí no sabrá nada.

—Estoy segura, Don —sonrió levemente ella.

—¿Quiere intentar la huida conmigo, Julie?

—Pero...

—Es preciso que salgamos de aquí, ¿no lo comprende? Tanto si el profesor Winter dice la verdad, como si miente, nuestro deber es hablar con la policía de Honolulu. Ellos tomarán las medidas oportunas para poner en claro todo este asunto.

—No lograremos escapar, Don...

—No será fácil, desde luego, pero hay que intentarlo. Permanecer aquí, con los brazos cruzados, sería una cobardía, ¿no le parece?

—Sí, tiene razón. Debemos intentarlo.

—Bravo, me gustan las chicas decididas.

—¿Cuándo piensa...?

—Ahora mismo. Tengo formado un plan desde antes de que llegara usted, pero me faltaba lo más importante para ponerlo en práctica: salir de esta habitación. Se habrá dado cuenta de que hay dos tipos armados con metralletas en el corredor...

—Sí. ¿Cómo piensa deshacerse de ellos?

—Si usted me ayuda, no será tan difícil.

—Haré lo que usted me ordene, Don.

CAPÍTULO VII

Don Barrows, con mucha naturalidad, indicó:

—Desabróchese la blusa.

—¿Que me...? —Respingó con fuerza Julie—. ¿A que le suelto una bofetada?

—Por Dios, Julie, no piense mal.

—¿Cómo que no? —replicó ella, realmente enojada—. Primero ellos me obligan a enseñar las piernas y ahora usted pretende que muestre también el busto. ¡Ni hablar!

—Sólo parte de él, Julie... —puntualizó Don.

—¡Ni un centímetro!

—Forma parte del plan...

—Pues no me gusta nada ese plan, idee otro.

—Escúcheme bien, Julie, lo que yo pretendo... Don Barrows se lo explicó.

Ella le escuchó con el ceño arrugado.

—¿Comprende ahora la importancia de ese detalle, Julie? La joven se mordió el labio inferior.

Tras unos segundos de meditación, accedió:

—Está bien, lo haré. Pero con una condición.

—¿Qué condición?

—Prométame mirar lo menos posible. Don Barrows levantó la mano derecha.

—Prometido, Julie.

—Si pone esa cara de guasa no puedo creerle.

—Lo siento, pero no tengo otra —sonrió él.

—Me está usted resultando un pájaro de cuenta, Don Barrows.

—Eso mismo solía decir mi abuela, Julie, pero en el fondo me quería como nadie. Julie Hayward suspiró resignadamente, se

acercó a la cama y se tendió en ella.

—Vuélvase, Don Barrows.

—A la orden —dijo él, obedeciendo. Transcurrieron unos segundos.

—Ya puede poner en práctica su plan —indicó ella.

Don Barrows, sin volverse, se aproximó a la puerta y la entreabrió.

Los dos individuos que la custodiaban le encañonaron al instante con sus metralletas.

—Tranquilos, muchachos, tranquilos... —rogó Don.

—¿Qué quieres, ahora? —preguntó ásperamente uno de ellos, el más alto, que poseía una nariz de a palmo.

—Yo no quiero nada. Es la chica.

—¿Qué le pasa a la chica? —Gruñó el otro, de cara plana como un ladrillo.

—No lo sé. Estábamos pasándolo bien, cuando de pronto, se desmayó —explicó Don, abriendo la puerta de par en par.

Los dos tipos, al descubrir a Julie sobre la cama, estiraron el cuello. La muchacha se hallaba inmóvil, con los ojos cerrados, la cabeza ladeada... Al llevar la blusa abierta, le quedaba visible parte del sujetador y la morena piel de su estómago. Fue suficiente para que los ojos de los dos Winter, amarillos adquiriesen un brillo inconfundible.

—Entremos —sugirió el narigudo, deseoso de observar a la joven desde cerca.

—Entremos —aprobó el otro, ansioso de lo mismo.

Don Barrows se acercó a la cama, seguido por los dos sujetos. Éstos dieron una larga ojeada a la muchacha.

—Sí, está desvanecida —dijo el alto—. Nos la llevaremos —agregó, colgándose la metralleta en el hombro izquierdo.

Cuando el tipo tomó en brazos a Julie, Don Barrows saltó felinamente sobre el otro y le golpeó en el cuello con el filo de la mano.

El golpe, durísimo, hizo caer como fulminado al individuo, que, absorto mirando a Julie, ni siquiera vio entrar en acción a Don.

Su compañero arrojó sobre la cama a la joven y quiso echar mano de su metralleta, pero se quedó estático al verse encañonado por Don Barrows.

Éste, que se había apoderado del arma del tipo de la cara aplastada, ordenó:

—De espaldas, rey del olfato.

El tipo se congestionó de rabia, por lo sucedido y por el insulto lanzado contra sus desarrollados órganos sonatorios.

—Esto lo pagarás caro, amigo —masculló.

—He dicho de espaldas. ¡Rápido! El narigudo obedeció.

Don avanzó dos pasos y le cascó en la nuca con el cañón de la metralleta. El fulano se desplomó sin un gemido.

Don Barrows se volvió hacia la joven.

—Es usted una actriz estupenda, Julie. ¡Oh!, perdone, creí que ya se había abrochado la blusa —carraspeó, apartando sus ojos de la muchacha—. Cuando lo haya hecho, avise. ¿Ya?

—¿Cuántas manos cree que tengo, media docena? —refunfuñó ella.

—Hemos de damos prisa, Julie.

—Sí, lo sé, lo sé... Ya estoy lista.

—Salgamos de aquí, rápido —dijo Don, dejando caer al suelo la metralleta.

—¿Por qué la tira...? —se sorprendió Julie.

—De momento no nos serviría de nada. Vamos. Don Barrows y Julie Hayward salieron al corredor. No había nadie, estaba despejado.

—Por aquí, Julie —indicó Don, avanzando hacia el extremo derecho del corredor.

—¡Don! —exclamó ella, quedándose parada, con los ojos fijos en los cuatro Winter-amarillos que acababan de surgir en el fondo del corredor, armados con metralletas. Don Barrows también los había visto.

Giró bruscamente la cabeza.

En el extremo opuesto del corredor había oíros cuatro Winter-amarillos, y en medio de ellos, empuñando su pistola automática, se hallaba Stephen Carson, sonriendo triunfalmente.

Julie Hayward, instintivamente, se abrazó a Don Barrows y gimió:

—¡Oh, Don, estamos perdidos!

Barrows la apretó suavemente contra su pecho.

—Atrapados sí, Julie; perdidos, todavía no.

—Ya me veo en el *frigorífico*...

—Tenga confianza en mí, Julie. Mis amigos dicen que soy un tipo con suerte.

—Si le vieran ahora, cambiarían de opinión.

—Al contrario, se reafirmarían en ella. La chica que me está abrazando no es ninguna tontería... —Piropeó él.

Stephen Carson y sus hombres les rodearon.

—No debió desobedecer al profesor Winter. Barrows.

—Soy desobediente desde que era pequeño, Carson.

—Ese defecto le creará problemas. De hecho, se los ha creado ya.

—Bien, una vida sin problemas es una vida sin emociones.

—Yo me ocuparé de que cambie de parecer.

—¿El famoso *frigorífico*?

—La *tostadora*, que es mucho peor.

Don Barrows sintió cómo se estremecía el cuerpo de Julie. La oprimió contra su pecho para darle ánimos y dijo:

—Tranquilícese, Julie. Winter-Rojo se está refiriendo a mí exclusivamente.

—Me estoy refiriendo a los dos —puntualizó Carson. Don Barrows le miró fríamente.

—¿Lo ha decidido el profesor Winter?

—No, es cosa mía, Barrows. El profesor Winter siempre deja estos asuntos en mis manos.

—Me explico por qué —espetó Don.

—Vamos, en marcha.

—¿Directos a la *tostadora*?

—No, eso será dentro de unos minutos. El profesor Winter quiere hablarles antes.

—Muy amable por su parte.

—Andando.

Don y Julie fueron conducidos ante John Winter.

Los Winter-amarillos se retiraron a una indicación del científico, quedándose tan sólo Stephen Carson, con su automática en la diestra.

John Winter dio un suspiro.

—Me ha defraudado usted, Barrows.

—¿De veras, profesor?

—Le rogué que permaneciera en la habitación, descansando.

—Me aburría como una ostra.

—Stephen Carson quiso solucionar eso, facilitándole compañía agradable.

—Muy agradable, es cierto —sonrió Don, mirando a Julie.

—¿Cómo se explica, entonces, que no lograra distraerle?

—Verá, profesor Winter, lo que yo deseaba era salir de la habitación, conocer todo esto...

John Winter exhibió una sonrisa irónica.

—¿Sólo eso, Barrows?

—Naturalmente, profesor. ¿Qué es lo que sospechaba usted?

—¡Oh! Yo pensé que trataba de abandonar el subterráneo, de llegar como fuera a Honolulu...

—Ya me olvidé de eso, profesor Winter. Lo que no es posible, no es posible, y no hay que darle más vueltas.

—¡Qué muchacho más comprensivo...! —sonrió el científico.

—¿Verdad que sí?

—Y qué embustero...

—¿Cómo dice? —Respingó Don.

—En la habitación había un micrófono oculto, Barrows. Stephen Carson y yo oímos todo cuanto hablaron usted y la chica.

—Eso no está nada bien, profesor —reprochó Don.

—Es posible. Pero, gracias a ello, he sabido lo que usted pretendía, Barrows: escapar de la isla y hablar con la policía de Honolulu.

—Me guiaba un noble fin, profesor Winter: hacer algo por la Humanidad. John Winter desvió sus ojos hacia Julie Hayward.

—La chica no cree que la Humanidad vaya a perecer...

—Yo sí —manifestó Don—. De ahí mi afán por salir de aquí y advertirlo al mundo.

—No puedo permitírselo, Barrows.

—¿Por qué? Si me toman por loco y me ponen una camisa de fuerza, es cuenta mía, ¿no?

John Winter sonrió extrañamente.

—Barrows, no fui del todo sincero con usted, pero voy a serlo ahora. Es cierto que la Humanidad entera está a punto de perecer. Lo que no es cierto es que yo lo pusiera en conocimiento de mis colegas. ¿Y sabe por qué no lo hice?... Se lo diré, Barrows: yo soy

quien va a provocar el envenenamiento de la atmósfera terrestre.

Don y Julie se llenaron de estupefacción.

—¿Que usted...? —balbució él.

John Winter cabeceó afirmativamente.

—Sí, Barrows: yo.

—Pero... ¿por qué? ¿Qué motivos pueden impulsarle a cometer una monstruosidad semejante?

—El primero, y más importante, el no haber sido tomado nunca en serio por mis colegas. No le mentí cuando dije que no gozaba de gran prestigio entre ellos, que la mayoría me consideraban un fracasado... Pues bien, voy a demostrarme a mí mismo que no soy un fracasado, que puedo llevar a cabo algo tan grandioso como acabar con la Humanidad entera.

—¿Y eso le parece grandioso...? —intervino Julie, dominada todavía por el estupor—. ¿Acabar con la especie humana supone un triunfo para usted...?

—Así es, jovencita. El mundo de nuestros días da verdadera pena... Las gentes de los cinco continentes actúan alocadamente, sin el menor sentido. En la Tierra reinan el odio, la mentira, la codicia, la violencia, la maldad... por citar solamente algunos de los males que están haciendo imposible una existencia tranquila y placentera. Produce náuseas ver cómo nos estamos devorando los unos a los otros, cada día con mayor apetito... Por eso considero un triunfo, un éxito clamoroso, eliminar totalmente esta enorme jauría de lobos hambrientos en que se ha convertido la especie humana... Luego, poco a poco, la Tierra se irá repoblando de seres bien distintos, si no en su aspecto físico, sí en el moral. El Imperio Winter, ahora formado por poco más de ochenta personas, se irá agrandando paulatinamente y extendiéndose más y más con el paso de los años, hasta cubrir todo el planeta.

—¡Bravo! —exclamó Don Barrows, poniéndose a aplaudir calurosamente. John Winter le miró con sorpresa.

Stephen Carson, con desconfianza. Julie Hayward, con incredulidad.

—¡Ha estado usted genial, profesor Winter! —elogió Don—. ¡Realmente inconmensurable!

El rostro de John Winter empezó a congestionarse.

—¿Se está burlando de mí, Barrows?

—Hombre...

—¡Basta! —gritó el científico, poniéndose en pie bruscamente. Don Barrows interrumpió la tira de aplausos.

—Disculpe si le ofendí, profesor Winter, pero mi reacción fue totalmente espontánea. Realmente, no creo que ninguna persona con el seso sano aprobara sus razonamientos. Yo no paso de ser un hombre medianamente inteligente, pero me doy cuenta de que su torre de argumentos falla por su base: el ser humano. Sí, profesor, el ser humano, desde su creación, lleva dentro de sí cosas buenas y cosas malas, tiene sus virtudes y sus defectos, y nadie, absolutamente nadie, podrá modificarlo, por mucho empeño que ponga en ello.

—¡Yo lo conseguiré, Barrows!... ¡El hombre del Imperio Winter será...!

—Será idéntico al que hay y ha habido siempre, profesor, no lo dude. Quizá en un principio, por tratarse sólo de un pequeño grupo, logre usted dominarlos e imponer su voluntad, pero a medida que vayan aumentando, surgirán nuevamente los problemas de siempre. Usted eso no lo presenciara, porque para entonces yacerá en una tumba, pero está claro que sucederá. Retornarán el odio, la codicia, la violencia... y todo lo demás. Lo que usted llama triunfo, éxito clamoroso, no habrá sido más que un fracaso. El más rotundo de toda su carrera de científico, profesor Winter.

En la estancia se produjo un silencio absoluto, lleno de tensión. John Winter, con los ojos inyectados de sangre, barbotó:

—Acaba usted de sentenciarse, Barrows...

—¿Pretende hacerme creer que no lo estaba ya? —sonrió Don.

—No, no lo estaba. Tenía intención de imponerle un castigo; severo, desde luego, pero soportable. Y después, concederle una nueva oportunidad. Ahora, ya no es posible. Usted debe morir, Barrows.

—No se preocupe, ya me había hecho a la idea. Permítame que me despida de Julie y...

—No es necesario, Barrows —le cortó John Winter—. Ella le acompañará.

—¿Insinúa...? —murmuró Don.

—Ella estaba sentenciada antes que usted, Barrows. Decidí que debía morir, cuando ambos dialogaban en la habitación, porque

comprendí que con un carácter así, sólo nos causaría problemas.

—Pero...

Julie intervino:

—No insista, Don; no conseguirá nada. Además, prefiero morir con usted antes que permanecer un minuto más a las órdenes de este perturbado mental.

—Sí, Julie. Es evidente que el profesor Winter está como una regadera. John Winter, lívido de cólera, rugió:

—¡Acállalos inmediatamente, Stephen!

Stephen Carson elevó el brazo derecho con rapidez y lo descargó con fuerza sobre la cabeza de Don Barrows, tratando de golpearle con el arma que empuñaba.

Don, haciendo gala de unos reflejos envidiables, aferró con sus manos el brazo de Winter-Rojo y se lo retorció con brusquedad, obligándole a dar una voltereta en el aire.

Stephen Carson lanzó un grito que se convirtió en bramido cuando su espalda chocó violentamente contra el suelo.

Don Barrows se apresuró a recoger la pistola automática que había perdido Stephen Carson y encañonó con ella a John Winter.

—Muévase o diga algo y le dejo tieso antes de hora, profesor Winter. Éste, boquiabierto, no dijo nada.

Don Barrows indicó:

—Julie, póngase detrás de mí, rápido, que no me fío un pelo de Winter-Rojo. La joven obedeció al instante.

Stephen Carson ya se estaba levantando, con la mirada relampagueante y los maxilares apretados rabiosamente.

Don sonrió con ironía:

—Parece que la situación ha cambiado, ¿eh, Carson?

—¿Qué es lo que pretende, Barrows? —Gruñó Stephen.

—Está claro, ¿no? Salir de aquí lo antes posible.

—No lo conseguirá.

—Le apuesto a que sí. Para empezar, ocúpese de que sus hombres preparen una lancha y la lleven a la playa. Tan pronto como esté dispuesta, regrese a comunicármelo. ¡Ah! Y cuando salgamos al corredor, no quiero ver un solo Winter-amarillo, ¿entendido? En todo momento estaré encañonando al profesor Winter, y si observo algo que no me guste, no dudaré en volarle la tapa de los sesos. ¿Queda clara la cuestión, Carson?

Stephen Carson miró a John Winter.

El científico tenía el rostro amarillento y temblaba perceptiblemente. Con voz trémula, ordenó:

—Haz lo que te dice, Stephen.

—Si Barrows se sale con la suya, todo se vendrá abajo, profesor Winter —advirtió Carson.

—¡Es mi vida lo que está en juego, Stephen! —exclamó John Winter, cada vez más aterrado—. ¡Obedece!

—Como quiera, profesor Winter —repuso Carson, caminando hacia la puerta.

—Recuérdelo, Carson —dijo Don—: nada de trucos o me cargaré al profesor Winter. Stephen Carson salió de la estancia.

—¿Cree que le hará caso, Don? —inquirió Julie Hayward.

—Eso espero, Julie.

—Todavía no me explico cómo pudo esquivar el golpe de Winter-Rojo. Y con qué asombrosa facilidad lo estampó contra el suelo...

—En el ejército aprendí judo —sonrió él.

John Winter los observaba en silencio, retorciéndose los dedos nerviosamente. Don Barrows le preguntó:

—¿Saben sus hombres que el envenenamiento de la atmósfera terrestre será provocado por usted?

—Sí, todos lo saben.

—¿Y ninguno puso objeciones?

—No, ninguno.

—¡Qué manada de canallas!

—Tienen la misma opinión que yo del mundo actual.

—No, no lo creo, profesor. Estoy seguro de que ellos aprueban su locura porque les atrae mucho más verse dueños absolutos del planeta, poseedores de todo cuanto hay en él.

—¡Eso no es cierto! —se exaltó el científico.

—Don... —murmuró Julie Hayward.

—¿Sí, Julie?

—¿Vamos a llevarle con nosotros a Honolulu?

—Desde luego. John Winter es nuestro seguro de vida, Julie.

—Me gustaría pedirle algo, Don.

—Hágalo.

—Hay aquí tres chicas a las que estimo mucho. Una de ellas es

Helen Godwin, la que ese salvaje de Winter-Rojo encerró en el frigorífico. ¿Podrían venir con nosotros?

—Eso depende de cómo sea la lancha, Julie. ¿Cabremos todos, profesor Winter? John Winter asintió con la cabeza.

—Sus tres amigas quedan admitidas, Julie —sonrió Don.

—Se lo agradezco mucho, Don.

—Mi abuela, cada vez que deseaba agradecerme algo, me daba un beso.

—En la mejilla, supongo...

—Claro.

—En ese caso, también yo se lo daré —repuso sonriendo Julie, y le besó en la mejilla.

—¡Eh!, olvidó algo importante.

—¿El qué?

—Usted no es mi abuela.

Ella le envió una mirada de censura.

—¿Acaso esperaba usted otra clase de beso? Don Barrows tosió ligeramente.

—Bueno, confieso que tenía mis esperanzas...

—No sea fresco, Don.

—¿Le parece un premio excesivo por sacarla de aquí...?

—Le recuerdo que todavía no me ha sacado.

—Pero lo haré.

—Entonces hablaremos de premios.

—Los premios se ofrecen primero, para estimular a los que optan a ellos. Julie exhaló un suspiro.

—Qué tenacidad la suya, Don Barrows.

—¿Concedido?

—Está bien, concedido.

—Bravo, Julie. Por un premio así...

—Deje de mirarme a mí y vigile mejor al profesor Winter —le cortó ella, esforzándose por no sonreír.

—No se preocupe, lo tengo controlado. Stephen Carson regresó.

—La lancha está dispuesta, Barrows.

—Muy bien, Carson. Ahora oiga a Julie; quiere decirle algo respecto a ciertas chicas. Ella indicó:

—Traiga a Helen, la pelirroja que castigó usted. También a Miriam y a Shelby, las dos chicas que estaban junto a mí cuando me

ordenó que le siguiera.

—Vendrán con nosotros —añadió Don. Stephen Carson volvió a salir.

Pocos minutos después, su voz surgía a través del intercomunicador que tenía John Winter sobre su mesa:

—Profesor Winter...

—Es la voz de Winter-Rojo —observó Julie.

—A ver qué quiere, profesor —ordenó Don. El científico pulsó un botón.

—¿Qué ocurre, Stephen?

—Conecte la pantalla con la celda, profesor Winter —indicó Carson.

—¿Para qué?

—Hágalo. Quiero que Barrows y la chica vean algo. Don Barrows, con el ceño fruncido, ordenó:

—Adelante, profesor.

John Winter conectó la pantalla de televisión.

—¡Oh, no...! —exclamó, angustiada, Julie, empezando a perder el color.

—Dios... —murmuró Don, con ronca voz.

Ambos se habían quedado petrificados, con los ojos fijos en la estremecedora imagen que les llegaba a través de la pantalla electrónica.

En una pequeña y siniestra estancia, de pie, con las cuatro extremidades sujetas a la pared por abrazaderas de hierro y el rostro desencajado por el terror, se encontraban tres muchachas: Helen, Miriam y Shelby.

Ante ellas, sosteniendo en la diestra un soplete encendido, se hallaba Stephen, sonriendo macabramente.

—¿Sorprendido, Barrows? —inquirió.

—¿Qué se propone, Carson? —preguntó Don, con el estómago encogido.

—Es evidente, ¿no? Estropear un poco el físico de las amigas de Julie.

—¡Si se atreve siquiera a rozarles la piel, le vuelo la cabeza al profesor Winter! —amenazó Don.

—Pues vaya presionando el gatillo, Barrows, porque el espectáculo va a comenzar —repuso Stephen Carson, volviéndose

hacia las muchachas—. En primer lugar, me ocuparé de la rubia.

Shelby Desmond chilló con todas sus fuerzas al ver cómo la azulada llama del soplete se aproximaba lentamente hacia su rostro.

—¡Carson! —gritó Don.

—¿Sí, Barrows? —repuso Winter-Rojo, frenando el avance de la llama.

—¡No amenazo en vano, liquidaré al profesor Winter si lastima a las chicas!

—Lo sé, Barrows, pero no me importa.

—¿Que no le importa...? —se asombró Don, al tiempo que John Winter respingaba fuertemente.

—Como lo oye. Si usted acaba con el profesor Winter, mis hombres acabarán con usted y con Julie. Yo tomaré el mando del Imperio Winter y seguiremos adelante con nuestro proyecto.

—¡Stephen...! —chilló John Winter, sin poder dar crédito a lo que estaba oyendo.

—Lo siento, profesor, pero no hay alternativa —dijo Carson—. Si Barrows sale de la isla, estaremos perdidos.

John Winter se quedó mudo de espanto. Tampoco Don y Julie supieron qué decir. Stephen Carson habló de nuevo:

—Voy a hacerle una proposición, Barrows.

—¿Qué clase de proposición, Carson?

—No dispare sobre el profesor Winter, arroje su arma y entréguese a los hombres que he dejado en el corredor. Si lo hace, las chicas no sufrirán ningún daño.

—Pero usted acabará conmigo y con Julie.

—Ustedes dos morirán de todos modos, Barrows. Pero si acepta mi proposición, les ahorrará muchos sufrimientos a estas tres muchachas. Tiene quince segundos para decidirse.

Don y Julie se miraron.

—No podemos permitir que Winter-Rojo se ensañe tan cruelmente con ellas, Don...

—Tiene razón, Julie. Y también la tiene Stephen Carson. ¿Qué podríamos hacer con una pistola contra todos ellos? Perdidos por perdidos, que no sufran esas desgraciadas.

—Se acabó el plazo, Barrows —advirtió Stephen Carson—. ¿Cuál es su decisión?

—Nos entregamos, Carson —respondió Don, arrojando el arma

al suelo.

CAPÍTULO VIII

John Winter, con la frente perlada de finas gotas de sudor, se precipitó sobre la pistola automática y la empuñó rápidamente.

—¡Tengo la pistola, Stephen! —exclamó, encañonando a Don Barrows.

—Magnífico, profesor —dijo Carson—. Haga pasar a los hombres que aguardan en el corredor y que vigilen bien a Barrows. Yo acudiré inmediatamente.

John Winter se aproximó a la puerta, sin dejar de apuntar a Don Barrows. Cuando la abrió, media docena de hombres armados irrumpieron en la estancia, encañonando a Don y a Julie.

El científico empezó a reír nerviosamente.

—¡Su plan ha fallado, Barrows!

—Así es, profesor Winter —reconoció Don—. Pero no porque fuera malo, sino porque he tenido la desgracia de tropezar con un individuo de tan malas entrañas como Stephen Carson. Yo pensé que usted era la persona más importante del Imperio Winter, pero me equivoqué. Quien realmente hace y deshace aquí, es Carson.

John Winter endureció la mirada.

—¡Yo soy el Jefe Supremo del Imperio Winter!

—Sólo en teoría, profesor. Hace un par de minutos estuvo usted a punto de morir, sin que a Stephen Carson ni a ninguno de sus hombres les importara. Todos estaban decididos a continuar sin usted.

Las palabras de Don Barrows llenaron de cólera a John Winter.

—¡Eso no es cierto, Barrows! ¡Stephen Carson es un hombre muy inteligente; sabía que usted no se atrevería a disparar sobre mí!

—¿Está completamente seguro de que Stephen Carson no lo estaba deseando...? —repuso irónicamente Don, lo cual encendió

aún más al científico.

John Winter se disponía a replicar acaloradamente, cuando apareció su hombre de confianza.

—¡Stephen!

—¿Está bien, profesor Winter?

—¡Barrows dice...!

—¿Qué dice Barrows, profesor?

—¡Que tú deseabas mi muerte!

—Barrows está loco, no cabe duda. ¿Ríe devuelve mi pistola, profesor? John Winter se la entregó.

Stephen Carson, sonriendo cínicamente, apuntó con ella al pecho del científico.

—¡Stephen! —balbució John Winter—. ¿Qué significa esto?

—Que Don Barrows tenía razón, profesor. John Winter desorbitó los ojos y galleó:

—¡Stephen...!

—Voy a matarle, profesor Winter. Usted ya no es necesario aquí. El gas que envenenará la atmósfera, elaborado por usted, ya está dispuesto para ser lanzado al exterior. Y yo sé cómo lanzarlo, puesto que usted me enseñó.

—¡Pero... pero...! —tartamudeó John Winter.

—Esta mañana me preguntó si yo creía que su cerebro estaba enfermo, ¿recuerda? Le mentí cuando respondí que no. Está usted loco de remate, profesor Winter. Y nosotros vamos a aprovecharnos de su locura para convertirnos en los dueños absolutos del mundo. Pero como usted no encaja en nuestros planes, debe morir.

—¡No, Stephen, no...! —suplicó el científico. Stephen Carson accionó el gatillo de su automática.

John Winter recibió tres impactos en el pecho y se derrumbó, sin vida, quedando desmadejado en el suelo.

Julie Hayward apartó los ojos del cadáver de John Winter y apoyó su cabeza contra el pecho de Don Barrows.

—¡Qué horror, Don...! —musitó débilmente. Stephen Carson los miró con odio.

—Ahora les toca a ustedes, Barrows.

—Vamos, dispare de una vez —replicó Don, sintiendo que la sangre le quemaba en las venas.

—¡Oh, no, Barrows, eso sería demasiado rápido! Quiero para

ambos una muerte lenta, llena de sufrimientos. Han de pagar todos los quebraderos de cabeza que me han proporcionado.

—No creo que exista en el mundo alguien tan canalla como usted, Carson.

—Y si existe, no será por mucho tiempo —repuso sonriendo Stephen Carson—. Tengo pensado empezar a lanzar el gas mortífero mañana mismo.

—Este hombre es un monstruo, Don... —sollozó Julie, abrazándose a él.

—Algún día recibirá el castigo que se merece —profetizó Don. Stephen Carson lanzó una carcajada.

—Lástima que ustedes dos no lo vean, Barrows. ¡Muchachos, conducidlos a la *tostadora*!

Don Barrows y Julie Hayward fueron llevados al lugar denominado la *tostadora*, una estancia de medidas similares al *frigorífico*.

El piso era una plancha de acero.

Julie se imaginó lo que iba a sucederles y sintió un escalofrío.

—¡Oh, será horrible, Don...! —gimió.

—¡Malditos canallas! —rugió Don, lanzándose como un león sobre Stephen Carson. Los Winter-amarillos anduvieron prestos y le sujetaron antes de que lograra atrapar a Winter-Rojo.

—¡Soltadme, cerdos!... ¡Dejadme cara a cara con esa víbora de Carson!... Éste, exhibiendo una sonrisa burlona, ordenó:

—¡Quitadle las botas a la chica!

Dos de los tipos descalzaron a Julie y la empujaron hacia el interior de la *tostadora*.

También a Don Barrows lo dejaron descalzo y le obligaron a reunirse con la muchacha.

Inmediatamente les cerraron la pesada puerta. Don se lanzó sobre ella y la golpeó con los puños.

—¡Abrid, puercos!... ¡Dejadla salir a ella, miserables!...

—Es inútil, Don... Esto es el fin...

Barrows se volvió hacia la joven y la miró con pena.

—Lo siento, Julie. Me hubiera gustado tanto sacarla con bien de esto...

—Ha hecho cuanto ha podido, Don. Realmente, era una tarea imposible. Don Barrows suspiró hondamente.

—En fin, adiós premio.

—¿Se refiere al beso?

—Claro. No he podido ganármelo.

—Pero hizo méritos sobrados para ello —sonrió suavemente Julie.

—Eso también es verdad —repuso Don, tomándola por la cintura—. ¿No se enfadará si...?

—Seguro que no.

Don la besó en los labios.

Al separar sus bocas, se miraron a los ojos.

—Qué sensación más rara, Julie...

—¿A qué se refiere?

—Verá, es la primera vez que besar a una chica me produce un calorcillo en las plantas de los pies...

—Ese calorcillo también lo siento yo, Don, pero no es producto del beso, sino de la plancha, que ya ha empezado a calentarse.

Don Barrows la soltó, rezongando:

—¡Maldita sea!, asarse a la plancha está bien para las gambas, pero no para nosotros que somos personas.

—Me horroriza sólo pensarlo, Don... —murmuró ella.

—Esos canallas nos han dejado descalzos para que vayamos sintiendo cómo aumenta, poco a poco, el calor de la plancha.

—Lo que van a hacer con nosotros es una atrocidad que no tiene nombre. Don elevó los ojos hacia el techo.

Dio un respingo exagerado al descubrir una abertura cubierta por una red de fino alambre. Se hallaba en la pared, a medio metro escaso del techo, pero a considerable distancia del suelo.

—¡Mire, Julie! —exclamó, señalando con el dedo el orificio cubierto de rejilla.

—¿Qué es eso?

—¡El conducto de ventilación!

—¿Por qué está tan excitado, Don...? —se extrañó ella.

—¿Es que no lo comprende, Julie? ¡Ese agujero puede significar nuestra salvación!

—No quisiera enfriarle los ánimos con mis palabras, Don, pero dudo mucho que por esa pequeña abertura quepa una persona.

—¡Con tal de no asarme como una sepia, soy capaz de encogerme lo que haga falta!

—Bien, aun suponiendo que pueda usted encogerse como una tela mala, ¿cómo piensa alcanzar esa abertura? ¿Es que no ve a la altura que se halla? Ni el campeón mundial de saltos de altura llegaría hasta ella.

—¿Se olvida de que somos dos?

—¿Cambia eso las cosas?

—¡Naturalmente!... ¡Rápido, súbase a mis hombros!

—¿Que me...? —Pestañeó ella—. ¿En cuántos circos cree usted que he trabajado?

—¡Vamos, yo la ayudaré! ¡Arriba...!

Con la ayuda de Don, Julie consiguió plantarse sobre sus hombros y mantenerse apoyándose en la pared, aunque las piernas le vacilaban demasiado.

—¡Voy a caerme de un momento a otro, Don!

—¡Como lo haga me la como a dentelladas, Julie! ¡Tiene que mantenerse, se trata de nuestras vidas!

—¡Lo intentaré, Don!

—¿Alcanza el conducto de ventilación?

—Sí, mis manos llegan hasta él.

—¿Puede quitar la rejilla?

—Creo que sí.

—¡Hágalo, rápido, que la plancha empieza a calentar más de la cuenta!

Julie consiguió separar la red de alambre moviendo los pasadores que la fijaban a la abertura y la dejó caer al suelo.

—¿Cómo es el conducto; alcanza a verlo?

—No muy bien, pero parece más ancho que la abertura. Desde luego, se puede avanzar por él.

—¡Bien, ahora bájese! ¡Vamos, con cuidado!

Julie descendió. Cuando sus pies desnudos tomaron contacto nuevamente con la plancha de acero, lanzó un gritito.

—¡Esto empieza a quemar, Don!

—Todavía se puede soportar, pero temo que por poco tiempo. Si tuviéramos... ¡Se me ocurre algo, Julie!

Don Barrows se bajó la cremallera de su traje de piel y sacó los brazos. Rápidamente se desprendió de la camiseta, la dobló varias veces y la dejó en el suelo, cerca de la pared.

—Póngase encima, Julie —indicó, volviendo a pasar los brazos

por las mangas y subiéndose la cremallera.

Ella obedeció y dio un suspiro de alivio.

—Ahora viene la parte más difícil, Julie: debo subirme sobre sus hombros. ¿Cree que podrá soportar mi peso?

—Me temo que no, Don.

—El que no nos aseamos depende de ello, Julie. Si alcanzo la abertura, estoy seguro de poder izarla a pulso y colarme en ella. Después, con la ayuda de mi traje, podré izarla a usted.

—Está bien, intentémoslo al menos. Y que Dios me dé fuerzas...

—Siga mis consejos y lo conseguiremos. Vamos, póngase de cara a la pared y apóyese firmemente en ella. A ver, las piernas un poco más atrás y algo más separadas. Eso es, Julie, perfecto. Bien, voy allá.

Don comenzó a trepar por la espalda de Julie, con gran cuidado. Ella empezó a vacilar.

—¡No puedo más, Don...! —jadeó.

—¡Resista, Julie! ¡Mantenga las piernas firmes!

—¡Don...! —gritó Julie, desmoronándose y provocando también la caída de Barrows. Ambos se pusieron rápidamente en pie, porque el calor de la plancha ya resultaba prácticamente insoportable.

—¡Pronto, Julie, sobre la camiseta!

—¿Y usted?

—¡No se preocupe por mí! —repuso Don, sin dejar de dar saltitos.

—Siento no ser más fuerte, Don —dijo, apesadumbrada, la joven.

—Lo es, Julie. Haber fallado en el primer intento no supone nada. Hay que intentarlo nuevamente.

—¿Y si volvemos a fallar...?

—No piense en ello, Julie. Vamos, Colóquese como antes.

Ella obedeció y Don lo intentó de nuevo, con las máximas precauciones, logrando situarse sobre los hombros femeninos.

Julie se tambaleaba, pero no doblaba las piernas.

Don, lentamente, se irguió hasta alcanzar con sus manos el agujero del conducto de ventilación.

—¡Lo alcancé, Julie!

—¡Gracias al cielo...! —resopló ella, con el rostro cubierto de sudor—. ¿Cree que podrá pasar por la abertura?

—¡Seguro! —respondió él.

Efectivamente, Don logró colarse por el agujero, aunque no sin grandes esfuerzos. Imprimiendo la máxima rapidez a sus movimientos, se desprendió del traje, lo atrapó por las mangas y lo dejó colgar por la abertura.

—¡Cójase lo más fuerte que pueda, Julie!

La muchacha se agarró a las puntas de las perneras.

—¡Arriba...! —resolló Don Barrows, comenzando a izarla.

Sin embargo, aquello era más pesado de lo que él había imaginado. También para Julie Hayward resultaba agotador.

—¡Don, se me resbalan las manos!

—¡Resista, Julie, por Dios!... ¡No puede soltarse ahora, la plancha estará demasiado caliente!

—¡Tengo los brazos como dormidos!

—¡Aguantе unos segundos más! —suplicó Don, redoblando sus esfuerzos. Consiguió elevarla un poco más, casi la tenía a su alcance...

De pronto, Julie lanzó un grito angustioso.

—¡Don...!

A Don Barrows se le heló la sangre.

¡Julie se sostenía ahora con una sola mano!

—¡Dios, Dios! —exclamó Don, temiéndose lo peor.

Dio un nuevo y desesperado tirón al traje de piel y tuvo a su alcance la mano crispada de Julie. Estiró velozmente el brazo derecho y aferró la muñeca de la muchacha.

—¡La tengo, Julie!

—¡No me suelte, Don!

—¡Trate de darme la otra mano, podré izarla mejor!

Julie lo consiguió y Don tiró de ella hasta introducirla a medias en el conducto de ventilación.

Don, resoplando como una bestia de carga, bañado de pies a cabeza como si acabara de darse una ducha, murmuró:

—Está... está usted a salvo, Julie...

—¡Oh, Don! Tengo los nervios pulverizados...

—Tranquílese, de ésta nos hemos librado, por el momento... Vamos, un esfuerzo más y estará dentro del conducto de ventilación.

Don tiró nuevamente de los brazos de Julie. Ella dio un grito.

—¿Le hago daño, Julie?

—No, no es eso, Don. Es que... es que no puedo pasar... Mis caderas son anchas... Don Barrows sonrió.

—No es necesario que les haga propaganda, Julie. Demasiado sé yo que posee unas caderas espléndidas.

—¿Cree que es momento para piropos? —recreminó ella.

—Perdone, se me escapó.

—¿Qué podemos hacer, Don...? —inquirió Julie, muy preocupada.

—Intentarlo de nuevo, no veo otra solución. Tiene usted que pasar sus magníficos laterales por la abertura, si no quiere que se le ase el trasero.

—Por supuesto que no quiero. Venga, ayúdeme. Pero tire con cuidado.

Resultó costoso, pero Julie pudo, por fin, entrar totalmente en el conducto de ventilación.

—Bienvenida al pasadizo, Julie —sonrió Don.

—Póngase el traje, haga el favor. No está nada presentable en calzoncillos.

—¡Oh, sí! —Respingó él—. Enseguida me lo pongo. Julie asomó la cabeza por la abertura.

—¡Cielos! —exclamó, palideciendo.

—¿Qué ocurre, Julie?

—¡La camiseta está empezando a arder!

—Sí, era de esperar. Bien, ya estoy presentable otra vez. Será mejor que nos pongamos en marcha y busquemos la forma de salir del conducto.

—En cuanto lo hagamos nos descubrirán, Don.

—Confío en que me den tiempo a coger un arma y acabar con Stephen Carson. Muerto él, es casi seguro que el gas mortífero no podrá ser lanzado al exterior, porque sus hombres no sabrán cómo hacerlo. Y habremos salvado a la Humanidad...

—Sí, pero nosotros...

—A nosotros sólo un milagro muy gordo podría salvarnos, Julie. Pero tampoco sería la primera vez que ocurre un milagro gordo, ¿no cree?

CAPÍTULO IX

Avanzando a gatas por aquella especie de pasadizo que formaba el conducto de ventilación, Don y Julie recorrieron un buen trecho.

El conducto contaba con un sinfín de ramificaciones y aberturas similares a la que utilizaran ambos para salir de la *tostadera*.

Don iba delante, moviéndose silenciosamente. También Julie avanzaba con gran cuidado.

De pronto, al mirar por una de las rejillas, Don Barrows dio un respingo y exclamó en tono bajo:

—¡No es posible!

—¿Qué ve, Don? —susurró Julie.

—¡Conozco a la chica que se halla sentada en el diván! Se trata de Anette, una amiga mía. ¿Qué diablos puede estar haciendo aquí?

—La habrán traído a la fuerza, como a todas las demás. Déjeme que la vea.

Don avanzó un poco y se dio la vuelta, para poder mirar por la rejilla al mismo tiempo que Julie.

—¿Esa arpía es amiga suya, Don? —inquirió ella, con ceñuda expresión.

—¿Por qué la llama arpía...? —se extrañó él.

—Ella fue quien me inyectó la droga que me dejó inconsciente. Y a las demás chicas también. Trabajaba para Lex Rialson, e; tipo que nos vendió al profesor Winter. ¿Cómo puede ser amiga suya una tipeja así?

—Me deja usted pasmado, Julie... Conocí a Anette en un club nocturno de Nueva York, donde ella trabajaba de corista. No me pareció mala chica, aunque sí un poco fresca, lo cual es normal en las mujeres que viven en ese ambiente. Hacía tiempo que no sabía nada de ella, pues dejó el club y se marchó sin que nadie supiera

adónde.

—Ahora ya lo sabe: a trabajar para Lex Rialson, el tratante de blancas. Es un negocio muy productivo, según afirmó el propio Rialson.

—Jamás sospeché que Anette fuera capaz de meterse en algo tan sucio, créame.

—Lo que no comprendo es qué hace aquí. Si trabajaba para Lex Rialson...

—¡Mire quién entra, Julie!

—¡Winter-Rojo!

Don y Julie enmudecieron de asombro al ver cómo Anette salía al encuentro de Stephen Carson y se arrojaba en sus brazos, siendo estrujada al instante por él.

Se besaron ardorosamente.

—Has tardado una eternidad, Stephen...

—Tuve algo que hacer, nena.

—¿Más importante que besarme y acariciarme?

—Bueno, tenemos mucho tiempo por delante para pasarlo juntos, preciosa. Ahora soy el Jefe Supremo del Imperio Winter, puesto que el profesor Winter ha muerto.

—¿De veras...?

—Sí, hace tan sólo unos minutos.

—Ni siquiera he llegado a conocerle...

—No te has perdido nada, Anette. John Winter era un viejo chiflado. Quien realmente conducía todo esto era yo, aunque él no lo sospechaba.

Ella le acarició la nuca y murmuró incitante:

—Eres un hombre extraordinario, Stephen.

—Y tú un encanto de chica, Anette.

Volvieron a besarse ansiosamente. Cuando se separaron, Carson dijo:

—Lo siento, Anette, pero tengo que irme otra vez. Ella arrugó el hocquito.

—Qué contrariedad, Stephen... ¿No podría esperar un poco ese asunto?

—Me temo que no, nena. Debo comprobar algunas cosas en el laboratorio. Pero no te preocupes, volveré en cuanto pueda.

—Que sea pronto, Stephen. Deseo tanto sentirme entre tus

brazos...

—Y yo tenerte, Anette —repuso él, aplastando su boca contra la de ella. Tras el beso, dio media vuelta y salió de la habitación.

Anette regresó al diván y se recostó en él. Don y Julie se miraron.

—¿Dijo usted que Anette era un poco fresca, Don...? —recordó ella con ironía—. A mí me parece el polo Norte con minifalda.

—Sí, no hay duda de que en frescura ha progresado bastante —convino él.

—Empiezo a comprender por qué está aquí. Winter-Rojo se encaprichó de ella y se la quitó a Lex Rialson. Pero, como habrá podido observar, a Anette no le importa en absoluto cambiar de manos.

—Es evidente que no.

—¿También estuvo en las suyas?

—¿Por qué me hace esa pregunta, Julie...?

—Simple curiosidad, no piense otra cosa.

—Entre ella y yo no hubo nada serio, créame.

—¡Oh, me cuesta creerle! Anette no tiene nada que se pueda tomar a broma.

—Julie, por favor...

—Es usted un sinvergüenza, como todos los hombres.

—Le aseguro que...

—No mienta, que no es necesario. Y cambiemos de tema, se lo ruego. No tengo ningún interés en saber lo que hubo entre usted y esa pájara.

—Poca cosa, le doy mi palabra.

—Le repito que no me importa. Don Barrows dio un hondo suspiro.

—De acuerdo, Julie, no hablemos del pasado, sino del presente.

—Que es bastante negro, por cierto.

—Quizá Anette nos ayude a lograr nuestros propósitos. Julie agrandó los ojos.

—¿De veras espera que esa lagartona nos ayude...? ¿Acaso no ha visto de qué parte está? ¡Si se deshace en deseos de que Stephen Carson disponga de un par de horas para dedicárselas a ella!

—Tal vez Anette no sepa cómo es realmente Stephen Carson. Ni lo que está preparando en este subterráneo secreto.

—¿Y qué? ¿Cree que si lo supiera le importaría? Anette es una chica sin escrúpulos, lo demostró al trabajar para una rata como Lex Rialson.

—No voy a negar eso, Julie. Sin embargo, la trata de blancas es una cosa, y el fin de la Humanidad entera, otra muy distinta.

—Será perder el tiempo, Don.

—Ya verá cómo no. Usted sepárese de la rejilla y manténgase en silencio mientras yo hablo con Anette, lío quiero que ella la vea por el momento.

—Está bien, usted sabrá lo que hace.

Inesperadamente, Don le acercó la cara y la besó suavemente en los labios.

—¿A qué viene esto ahora? —refunfuñó ella.

—Sentí deseos de hacerlo —sonrió él.

—Debería darle un puñetazo en un ojo.

—Usted puede darme lo que quiera, Julie, que aquí estoy yo para recibirlo.

—No estoy para requiebros. Y menos, si vienen de un carota como usted.

—¿Sabe, Julie? Está usted empezando a gustarme.

—Váyase a paseo, Don Barrows.

—Si salimos de ésta pondremos eso en claro. Y ahora, silencio absoluto. Voy a hablar con Anette.

—Con la gata de Anette —puntualizó Julie.

Don le hizo un gesto para que callara y pronuncié en voz alta:

—Anette...

Ésta respingó nerviosamente sobre el diván.

—Anette, aquí, detrás de la rejilla del conducto de ventilación.

—¿Quién hay ahí? —interrogó Anette, brincando del diván.

—¿No me reconoces por la voz? Soy Don Barrows, de Nueva York.

—¿Don...? —repitió ella, incrédula—. ¡No es posible...!

—Necesito tu ayuda, Anette. Acerca esa mesa a la pared, coloca una silla sobre ella y suelta los pasadores que fijan la rejilla.

—Pero... —repuso ella, indecisa.

—Rápido, Anette. Tengo que salir de aquí.

Anette todavía titubeó unos instantes, pero, finalmente, hizo lo que le había pedido Don. Éste se apresuró a salir del conducto de

ventilación y colocó nuevamente la rejilla.

—¡Don, vistes como ellos...! ¡Eres un Winter-amarillo...! Barrows, mientras devolvía la mesa y la silla a su sitio, informó:

—No, Anette, no soy uno de ellos, aunque vista igual. La avioneta que pilotaba se estrelló cerca de esta isla y los hombres del profesor Winter me apresaron, decidiendo poco después que debía morir. He podido escaparme de milagro, pero si tú no me ayudas, volverán a apresarme y acabarán conmigo.

—¿Qué puedo hacer yo, Don...?

—Ayudarme a capturar a Winter-Rojo. Si lo logro, la Humanidad estará a salvo.

—¿Qué...? La Humanidad no tiene salvación posible, Stephen Carson me lo ha explicado... Por eso el profe sor Winter construyó este refugio subterráneo, sólo nos salvaremos los que estamos en él.

—Eso es falso, Anette. Puede salvarse todo el mundo.

—¿De qué modo...?

—Impidiendo que Winter-Rojo lance al exterior el gas mortífero elaborado por el profesor Winter. Sí, Anette, la Humanidad está en peligro por culpa de ese loco de John Winter, que pretendía acabar con ella para crear otra mejor. Ahora yace cadáver, porque Stephen Carson le alojó tres balas en el pecho.

—¿Que Stephen...?

—Ese tipo es un canalla, Anette. Eliminó al profesor Winter para convertirse en el dueño absoluto del mundo. De un mundo lleno de cadáveres, claro.

—Qué horror...

—¿Estás dispuesta a ayudarme, Anette?

—No soy lo que se dice una buena chica, Don. He cometido faltas graves, porque me gusta demasiado el dinero y no me importa hacer lo que sea para obtenerlo. Pero si con mi ayuda se puede salvar la Humanidad, cuenta con ella.

—Estaba seguro de que accederías, Anette.

—¿Qué debo hacer, Don?

—Hemos de sorprender a Stephen Carson cuando regrese. ¿Puedes facilitarme un arma?

—Lo siento, no tengo ninguna. Pero al otro lado de la puerta hay un Winter-amarillo, armado con una metralleta.

—Haz que ese tipo entre aquí, Anette.

—¿Cómo? —preguntó ella.

—Eso es cosa tuya. Yo me esconderé tras este butacón.

Cuando Don estuvo oculto, Anette se acercó a la puerta y abrió. El individuo la miró, sin decir nada.

Anette, sonriendo con atrevimiento, inquirió:

—¿Le importaría ayudarme...?

—¿A qué?

—Verá, estoy tratando de quitarme las botas, pero no lo consigo. Me vienen un poco pequeñas, ¿sabe? Si usted tirara de ellas...

—Winter-Rojo no tardará en volver. El la ayudará.

—Es que me duelen mucho los pies... —insistió ella, haciendo una mueca de sufrimiento. Al ver que el sujeto no abría la boca, se puso seria y exclamó—: ¡De modo que no quiere ayudarme!, ¿eh? Bien, cuando regrese Winter-Rojo se lo haré saber. Si le castiga, usted se lo habrá buscado.

La amenaza de Anette produjo el efecto deseado.

—Está bien, entraré y la ayudaré a quitarse las botas.

—¡Oh!, se lo agradezco mucho —volvió a sonreír ella.

El tipo entró y Anette cerró la puerta dirigiéndose después con movimientos ondulantes hacia el diván, donde se sentó. Elevó bastante más de lo necesario la pierna derecha y dijo con picara expresión:

—A ver qué tal se le da esto.

El individuo no pudo resistir la tentación, y en vez de mirarle la bota, le miró todo lo demás.

En ello estaba, cuando recibió un contundente golpe en la nuca. Se desplomó como una cosa muerta.

Don Barrows se dio mucha prisa en apoderarse de la metralleta del tipo.

—Esto marcha, Anette —dijo sonriendo.

* * *

Stephen Carson se hallaba en el laboratorio del profesor Winter, revisando cuidadosamente el mecanismo que haría que el gas mortífero fuera saliendo, poco a poco, al exterior.

Cinco Winter-amarillos entraron, con un asomo de preocupación en la mirada. Stephen Carson, percatándose de ello, preguntó:

—¿Sucedo algo, muchachos?

—Sí —carraspeó uno de ellos—. Tememos que...

—¿Qué teméis? Vamos, hablad sin rodeos.

—El profesor Winter aseguraba que dentro de seis meses, el gas elaborado por él habrá dejado de ser maligno y que la atmósfera terrestre volverá a su completa normalidad, pero...

—¿Pero...? —apremió Carson.

—Eso es algo que está por demostrar, es pura teoría de una mente desequilibrada. Si no fuera verdad, si la atmósfera quedara irrespirable para siempre...

—No —rechazó Stephen Carson—, sucederá tal como dijo el profesor Winter.

—¿Cómo puede estar seguro? Usted no es científico...

—Pero conocía bien al profesor Winter. Por eso me atrevo a dar este paso sin ningún temor.

—Es demasiado peligroso.

—Pero bueno, ¿qué diablos os pasa? Estabais de acuerdo con el proyecto. ¿Qué os ha hecho cambiar de criterio?

Los cinco individuos se miraron, pero ninguno respondió.

—Bien, no se hable más del asunto —dijo Carson—. Que cada cual regrese a su puesto. Mañana cerraremos herméticamente la entrada del subterráneo y procederemos según teníamos previsto.

Los tipos no se movieron.

—Nosotros no queremos que se lance el gas, Winter-Rojo. Y no somos los únicos. Los ojos de Stephen Carson se empequeñecieron.

—¿Cuántos sois los que pensáis así?

—La mitad, aproximadamente. Y hemos decidido destruir el mecanismo, para que no pueda ser lanzado el gas.

Dicho esto, el tipo se aproximó al complejo mecanismo y se aprestó a pulverizarlo con su metralleta.

Stephen Carson intentó impedirlo, pero otro de los sujetos le dio un golpe en el cuello y lo envió al suelo. Desde allí, medio inconsciente, vio cómo los tipos destruían el mecanismo.

El ruido atrajo a otros seis Winters-amarillos, todos partidarios de que se lanzase el gas mortífero. Al ver a Stephen Carson en el suelo, y a los otros cinco destruyendo el mecanismo, abrieron fuego contra ellos.

La respuesta de éstos no se hizo esperar, pero pillados por

sorpresa, sucumbieron, causando solo tres bajas a los que estaban de parte de Winter-Rojo.

El estruendo de los disparos se escuchó en todo el subterráneo.

Los hombres que no aprobaban el lanzamiento del gas sabían lo que significaba aquel tronar de las metralletas, y sin dudarlo un instante, arremetieron contra los que se habían negado a traicionar a Winter-Rojo.

Las armas, en cosa de segundos, trepidaron en casi todas las dependencias del refugio subterráneo, arrancando gritos y aullidos de muerte.

Stephen Carson, ayudado por los tres hombres que intentarían tardíamente impedir la destrucción del mecanismo que había de expulsar el gas, se puso en pie, se apoderó de una de las metralletas de los caídos y salió del laboratorio seguido del trío de individuos, uniéndose los cuatro a la sangrienta y tenaz contienda.

Ésta cesaba unos minutos después, con la victoria de los partidarios de Winter-Rojo. Pero fue una victoria muy cara, puesto que tan sólo cinco hombres quedaron con vida, incluido Carson.

—¿Qué haremos ahora? —quiso saber uno de ellos, mirando a Stephen Carson.

—El proyecto se ha venido abajo, muchachos; ya no es posible llevarlo a cabo.

Debemos olvidarnos de él y abandonar la isla.

—¿Y las mujeres...? Tendremos que matarlas, ¿no?

—No será necesario —contestó Carson—. Cuando estemos fuera del subterráneo volaremos la entrada y quedarán enterradas aquí para siempre.

—No es mala idea.

—Rápido, dos de vosotros id por una lancha. Los otros dos, a preparar la carga de dinamita. Yo tengo que hacer algo en mi habitación.

Instantes después, Stephen Carson entraba en ella.

Anette saltó del diván al verle aparecer, pero no se le acercó.

—¿Qué ha pasado, Stephen...?

—El Imperio Winter se ha derrumbado, preciosa. Tan sólo yo y cuatro de mis hombres nos hemos salvado de la masacre, por lo que hemos decidido largarnos de la isla.

—Pero si la atmósfera terrestre no tardará en volverse

irrespirable... —repuso Anette, fingiendo no conocer la verdad.

Stephen Carson sonrió.

—Seguirá siendo respirable por muchos años, ya no hay peligro alguno.

—¡Oh!, ésa es una buena noticia, Stephen... ¿Adónde iremos?

—Me gustaría llevarte conmigo, Anette, pero esta vez no es posible. En el yate de Lex Rialson te salvé la vida, ¿recuerdas?

—Sí...

—Pues bien, ahora me veo obligado a matarte... Y con ello te hago un favor, créeme.

Las otras chicas agonizarán lentamente, encerradas en el subterráneo, sin que...

—¡Arroje la metralleta, Carson! —ordenó Don Barrows, surgiendo de detrás del butacón, con la suya presta a escupir plomo.

—¡Barrows...! —exclamó Stephen Carson, mirándole con estupor.

—¡Obedezca o disparo!

—¡Maldito...! —rugió Carson, volviendo velozmente su arma hacia Don Barrows.

Éste accionó el disparador una fracción de segundo antes que su enemigo. Stephen Carson emitió un alarido desgarrador y se fue al suelo, pero todavía con fuerzas suficientes para apretar el gatillo de su metralleta, aunque sin apuntar hacia un lugar determinado. Por desgracia para Anette, la ráfaga de plomo fue hacia el diván, alcanzándola.

Lanzó un grito angustioso y cayó sobre el diván, con varios agujeros en el pecho.

—¡Anette! —exclamó Don, corriendo junto a ella. Anette no pudo responder, era ya cadáver.

—¡Don, cuidado...! —chilló Julie Hayward, que lo había presenciado todo a través de la rejilla del conducto de ventilación.

Barrows se tiró al suelo y se revolvió como una centella. Había dos tipos en el umbral de la habitación, disparándole. Don les envió su respuesta sin perder un segundo.

Los dos individuos se contorsionaron como muñecos y luego se derrumbaron sin vida. Don Barrows se incorporó de un salto.

—¡Voy por los otros dos, Julie! —dijo, corriendo hacia la puerta.

Apenas salió al corredor se encontró con los tipos. Uno cargaba

con la lancha y el otro con el motor fuera borda. Al verle, los sujetos arrojaron su carga y empuñaron sus metralletas.

Sin embargo, Don no les dio tiempo a utilizarlas.

Los tipos rodaron por el suelo, con varias balas en el cuerpo. Don exhaló un profundo suspiro y regresó a la habitación.

—¿Está bien, Don?

—Sí, Julie.

Don acercó la mesa a la pared, colocó encima una silla, se subió a ella y quitó la rejilla del conducto de ventilación. Las caderas de Julie volvieron a ser un problema, pero la joven logró pasar por la abertura y alcanzar el suelo.

—Parece que el milagro gordo ha ocurrido, Don...

—Así es, Julie; estamos a salvo. Vayamos a comunicárselo a sus amigas y a las otras chicas.

—¿Y el tipo que dejó usted amarrado en ese cuarto?

—Nos lo llevaremos a Honolulu. La policía se ocupará de él. Julie desvió sus ojos hacia el cuerpo sin vida de Anette.

—No era tan mala como yo pensaba, Don...

—No, creo que no.

—¿Me creerá si le digo que he sentido su muerte?

—Sí, Julie... Vamos, no debemos tener más tiempo en vilo a sus compañeras.

EPÍLOGO

William Reynolds se hallaba en su despacho, revisando unas facturas. La puerta se abrió y alguien caminó hacia él.

William Reynolds elevó la mirada.

—¡Barrows! —exclamó, dando un respingo.

—El mismo, señor Reynolds —sonrió Don—. Le sorprende verme, ¿verdad?

—Bueno, yo...

—Usted es un tipo despreciable.

William Reynolds se puso en pie bruscamente.

—¿Cómo te atreves a...?

Don le disparó la derecha, con mucha fuerza.

Reynolds, golpeado en el mentón, se fue hacia atrás, derribó su sillón y acabó en el suelo. Se levantó rápidamente, colérico.

—¡Esto lo pagarás caro, bastardo! —Ladró, lanzándose sobre Barrows.

Don lo frenó con un mazazo al plexo e inmediatamente le soltó un trallazo a la boca, dejándosela perdida. Un tercer golpe, en la quijada, hizo que Reynolds regresara espectacularmente al suelo, donde quedó medio aturdido.

Barrows le puso un pie sobre el pecho y dijo:

—Unos cuantos puñetazos me parecen poco castigo, señor Reynolds. Merece usted que le machaque los sesos a patadas, porque quiso acabar conmigo, preparándolo todo para que la avioneta se estrellara. Pero tuve suerte y logré salvar el pellejo.

—¡Mi esposa me dijo...!

—Su esposa es un pendón, pero yo nunca le puse la mano encima, a pesar de que ella me lo estaba pidiendo continuamente. Si a alguien debía usted ajustarle las cuentas era a su mujer, no a

mí. Y si piensa seguir viviendo con ella, le aconsejo que la vigile durante las veinticuatro horas del día, porque es capaz de pegársela hasta con el repartidor de la leche.

William Reynolds apretó los dientes, pero no replicó:

—Que siga usted bien, señor Reynolds.

Don apartó el pie del pecho de William Reynolds y caminó hacia la puerta, pero ésta se abrió antes de que él la alcanzara, dando paso a una mujer de medidas realmente asombrosas.

—¡Don! —exclamó ella, quedándose parada.

—¡Hola, señora Reynolds! Lleva usted un precioso vestido, sí señor, pero observo la falta de un sombrero que le haga juego. Si me lo permite, yo puedo solucionar eso inmediatamente —dijo Don, atrapando la pecera que descansaba sobre un artístico pie de madera.

Un segundo después, la señora Reynolds la tenía sobre su cabeza.

Don salió del despacho, mientras la esposa de William Reynolds, chorreando agua por todos lados, escupía un bonito pez de colores.

Un rato después, Don Barrows se reunía con Julie Hayward en la habitación de un hotel de Honolulu. Helen Godwin, Shelby Desmond y Miriam Tunney se encontraban también en ella.

—¿Le ha dado su merecido a ese William Reynolds, Don?

—Sí, Julie. Y también a la zorra de su mujer.

—Me alegro —sonrió ella.

—Bien, como ese asunto ya está solucionado, vayamos con el otro.

—¿A qué otro asunto se refiere?

Don la miró de forma tan significativa, que ella enrojeció perceptiblemente. Helen, Shelby y Miriam comprendieron también.

—Nosotras nos vamos, Julie —dijo Helen.

—Sí, tenemos algo que hacer —añadió Shelby.

—Yo me quedo —dijo Miriam—. Quiero ver cómo se declara Don.

—¡Miriam! —exclamó Julie, ruborizándose más. Don Barrows emitió una tosecita.

—Eres un caso, Miriam —dijo Helen, llevándose a empujones a la morenita. Ya en el umbral de la habitación, Miriam se volvió y exclamó:

—¡Dime al menos si vas a decirle que sí, Julie!

Miriam no pudo añadir nada más, porque Helen le dio un empujón y Shelby cerró rápidamente la puerta, dejando solos a Don y Julie.

Ésta, muy nerviosa, balbució:

—Don, no haga caso de lo que ha dicho Miriam... Yo... Barrows se aproximó a ella y la enlazó por la cintura.

—Dejémonos de rodeos, Julie. Yo te quiero y tú me quieres. Y cuando un hombre y una mujer se quieren lo mejor que pueden hacer es casarse. ¿O no?

—Depende...

—¿De qué?

—De que se quieran tanto como para unirse en matrimonio.

—Ése es nuestro caso, no lo dudes.

—¿Cómo puedes estar seguro, si nos hemos conocido hoy?

—De acuerdo, hagamos la prueba.

—¿Qué prueba? —Pestañeó ella.

—La normal en estos casos —respondió Don, y la besó. Fue un beso largo, profundo, sincero...

—¿Sigues teniendo alguna duda, Julie?

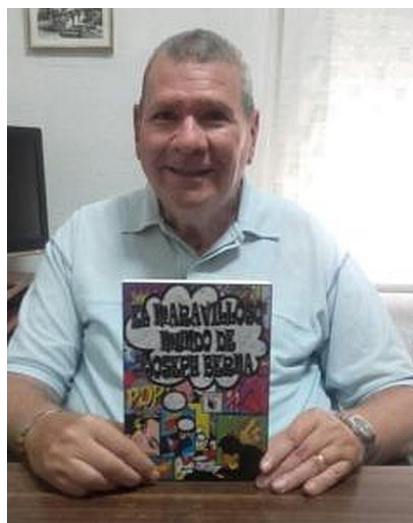
—Ninguna, Don —sonrió ella—. La prueba ha resultado altamente positiva.

—Pues, ¡hale!, a lo positivo, a lo positivo.

Don Barrows y Julie Hayward volvieron a unir sus bocas.

Helen, Shelby y Miriam, que lo habían escuchado todo a través de la puerta, se pusieron a aplaudir rabiosamente, pero ni Don ni Julie repararon en ello...

FIN



Joseph Berna nació en Xàtiva (Valencia), España en 1946.

Joseph Berna es el seudónimo utilizados por José Luis Bernabeu López, uno de los escritores más prolíficos, junto a nombres como Clark Carrados, Lou Carrigan o Curtis Garland, de las ya legendarias novelas baratas de Bruguera, historias pulp de leer y tirar que con sus tramas formulistas, narraciones llenas de ritmo, personajes estereotipados, lenguaje sencillo y recurrente, tramas de terror o ciencia-ficción, con dosis de erotismo y humor, logran con eficacia su digno objetivo escapista.

Cursa sus primeros estudios en el colegio «La Ferroviaria», del que guarda un grato recuerdo de su profesora «Doña Consuelo» que le apodó con el nombre de «Tragalibretas» debido a la rapidez con que las terminaba y lo poco que le duraban los trabajos. Más tarde ingresa en el instituto «José de Rivera» donde cursa bachillerato, en esta época se traslada a vivir a Elche para un poco después ya con dieciséis años residir definitivamente en Valencia.

Entre sus múltiples relatos, editados en los años 70 por Bruguera y más tarde, como Bolsilibros, por Ediciones B, aparecen títulos como «Seis cadáveres en potencia», «El reino de los seres de hielo», «La mansión de los mil y un horrores», «El coleccionista de seres», «El

terror cayó del cielo» o «El planeta robotizado».